

REVISTA EUROPEA

NÚM. 294.

12 DE OCTÚBRE DE 1879.

AÑO VI.

LAS ENFERMEDADES DEL ESPÍRITU

SEGUN M. MAUDSLEY (1)

(Conclusion.)

Para estudiar á fondo lo que influye la herencia en la produccion de la locura, sería preciso remontarse hasta los orígenes animales del hombre. Hay en él, en efecto, dice M. Maudsley, la naturaleza animal, la naturaleza humana, la naturaleza familiar y la naturaleza individual; hay en él la bestia, el hombre, la familia y el individuo.

El autor sólo se ocupa de la herencia directa en la familia y en los ascendientes inmediatos; y sin embargo, no habria allí hechos que mencionar, y que encuentran su aplicacion en el estudio de la enajenacion mental. No hay, dice, un tejido, un órgano, un elemento que no esté representado en el germen, y estas idiosincrasias se encuentran en todo el curso de las generaciones. ¿No es preciso remontarse á más allá de los confines de la humanidad para explicar ciertas formas animales de la locura? El sér degradado que rumia acurrucado en su rincon, el demente que obra como el bruto que se imagina ser, la idiota que pare y con sus dientes corta el cordon, el furioso que mata al confesor bajo el impulso homicida, el que desentierra y devora los cadáveres, ¿no son modelos horribles de otro tiempo? ¿No hay en ellos verdaderos arranques de bestialidad que surgen de las profundidades de la organizacion cerebral para probarnos que hay en nosotros algo que aún vive del bruto, y que puede hacer explosion en circunstancias dadas?

Pero si estos hechos son raros, aún en enajenacion mental, y si no hay necesidad de remontarse tan léjos para explicar la mayor parte de las formas que presenta, las condiciones hereditarias se muestran con evidencia en los ascendientes directos y en

la familia. La vida de un hombre es la continuacion de la vida de sus padres, y cada sér posee en estado latente y condensa, por decirlo así, en su individuo los caractéres de sus ascendientes. Esta influencia hereditaria se comprueba en la cuarta parte y acaso en la mitad de los casos de enajenacion mental; pero aún fuera de estos casos, se encuentra generalmente en los antepasados, si no ejemplos de locura confirmada, al ménos predisposiciones mórbidas especiales, nervosismo, hipocondría, tendencia al suicidio, etc.

Entre las condiciones que obran sobre el hombre, se coloca en primera línea la religion. Aquí M. Maudsley se extiende singularmente y trata la cuestion con una claridad y una franqueza que no carecen de valor, sobre todo en Inglaterra.

¿Cuál es la influencia que ejerce en el hombre la atmósfera religiosa en que ha nacido y en que vive?

Bajo el punto de vista de la ciencia, se puede afirmar resueltamente que el resultado ha sido desfavorable. Una barrera se levantaba ante toda libre investigacion; todas las vías de indagacion directa estaban prohibidas. El genio, así comprimido, se arrojó en brazos de la poesia y del arte; poetas, artistas, escultores, arquitectos, desarrollaron á competencia las energías creadoras de su naturaleza; pero esto no es más que una compensacion insuficiente. No se puede negar, sin embargo, que la creencia en una intervencion sobrenatural en los asuntos humanos haya podido ser útil en un momento dado de la evolucion de la humanidad, ó haya servido al progreso social, como es esencial á la felicidad del niño creer y respetar á sus padres, por indignos que éstos puedan ser de su confianza y de su respeto.

Pero actualmente, ¿es buena ó mala esta influencia sobre el espíritu humano? La respuesta no es dudosa para M. Maudsley. Creer que el curso de los acontecimientos puede ser caprichosamente interrumpido por un poder ajeno á la naturaleza, que la sucesion de los fenómenos es una sucesion arbitraria, sería privar al espíritu humano del motivo más poderoso que le impulsa á estudiar las

(1) Véase el número 293, pág. 417.

leyes de los fenómenos, y debilitar ó destruir el sentimiento de responsabilidad que hace que podamos obrar sobre la naturaleza y sobre nosotros mismos. Las oraciones, los sacrificios de los fetiquistas, materiales ó ideales, no pueden modificar la uniformidad serena de las leyes naturales, y sólo demuestran la debilidad de espíritu de los que los realizan; pueden dar fuerzas en ciertas circunstancias de la vida, pero es con auxilio de una ilusión, como sucede en los niños á quienes se estimula á obrar de tal ó cual modo *haciéndoles creer* alguna cosa. Pero en la renovacion de estos actos, en estos incessantes llamamientos á una intervencion superior, ¿no hay una causa de desfallecimiento de la inteligencia y del carácter? Creer en hechos respecto á los cuales es imposible todo razonamiento, y que no tienen base razonable; creer sin exámen y únicamente porque álguien nos dice que creamos, ¿no es minar los fundamentos mismos del espíritu, y preparar tal vez la creencia en otras ilusiones más graves y más enojosas para la inteligencia?

Dícese que esta creencia es un consuelo, un alivio supremo en los momentos de angustia y de desesperacion. Convenido; pero se puede preguntar si es bueno para la humanidad tener una doctrina, por consoladora que sea, si esa doctrina es falsa. Puede parecer duro despojar á la debilidad humana de la muleta en que se apoya; pero marchar con una muleta no constituye la marcha natural, y vale más, á riesgo de dar algunas caidas, habituarse á marchar sólidamente y sin sosten. En vez de contar con un auxilio de que generalmente se carece, ¿no es preferible contar sólo consigo mismo y trabajar animosamente y sin ayuda en su perfeccionamiento físico y moral? Las oraciones y los sacrificios nunca han hecho al hombre mejor; más bien podria afirmarse lo contrario. El salvaje que cree garantizarse con un fetiche contra los accidentes y las enfermedades, apenas se ocupa de la higiene de su cuerpo; y lo mismo sucede respecto á la higiene del alma.

Por otra parte, ¿dónde encontrar una vida más pura que la de un Buddha ó un Spinoza, que ninguna creencia tenían en un Dios personal?

No hay que temer que el elemento emocional de la naturaleza desaparezca al desaparecer la idea de sobrenatural. Mientras el hombre tenga visceras, tendrá siempre

emociones, cualesquiera que sean sus creencias; sea religioso ó ateo, nunca se convertirá por falta de oraciones en una mera máquina intelectual. Si se aplica al estudio ferviente de la naturaleza; si simpatiza con las creaciones de los artistas y de los poetas; si se interesa en las acciones, en los sufrimientos, en los deseos de sus semejantes; si cultiva ese sentimiento de la armonía y de la unidad universales que la filosofía descubre y á las que la poesía presta su más sublime expresion, podrá dar cabida á todas las nobles emociones que el hombre es susceptible de experimentar. Ciertamente es que podrá permanecer insensible á ciertas emociones personales y de un grado inferior, á la fraseología sentimental y mística de ciertas escuelas, á la religiosidad vaga, á esa literatura histórica tan en boga hoy; pero tendrá en cambio esa emocion profunda, tranquila y sana que nace de la contemplacion de las armonías de la naturaleza y de la comprension de sus leyes.

Con la creencia en lo sobrenatural, el hombre no tiene ya más objeto que la salud de su alma; no ve otra cosa que á él, y sólo por él vive; todo lo demás no significa nada, y de esto resulta un increíble desarrollo de la personalidad individual. De aquí una perpetua introspeccion, un continuo volver sobre sí mismo, un minucioso análisis de sus sentimientos y de sus ideas de cada instante, que causa el más enojoso efecto, sobre todo para las mujeres, en las que la parte afectiva está más desarrollada que en el hombre. A fuerza de observarse y de estudiarse, adquieren los sentimientos un predominio excesivo, con detrimento de la inteligencia. En el estado de salud no sentimos nuestros órganos; toda nuestra vida vegetativa se realiza en la sombra, y sin que lo sepamos; pero en ese nuevo estado, artificialmente producido, las menores sensaciones orgánicas aumentan de intensidad, y en primer término es preciso colocar las sensaciones que tienen por punto de partida los órganos genitales. Poco á poco el órgano sexual concluye por unirse del modo más extraño al sentimiento religioso, y le hace desviarse insensiblemente; todo el mundo conoce las visiones de Santa Teresa y de María Alacoque. Esa desviacion del sentimiento religioso se observa sobre todo en las sectas fanáticas que, conservando la confesion auricular, no han sabido rodearla de las estrechas garantías y de las reglas á que se halla so-

metida en la Iglesia católica romana; demasiado frecuentemente el amor divino debe todo su fervor á la impulsión sexual, que es, consciente ó inconscientemente, su inspiradora, y la union mística de las almas termina muy amenudo de una manera mucho más material.

Es inútil insistir sobre estas ideas de M. Maudsley. Pero no es solamente en las sectas á que alude donde tales influencias se producen, y *si los médicos pudieran decirlo todo*, tendrían extrañas revelaciones que hacer respecto al modo de que son á veces comprendidas y practicadas ciertas formas muy conocidas de devoción moderna. Sería un estudio médico-psicológico muy curioso, y nosotros añadiríamos que muy útil, pero que exigiría una penetración, una delicadeza de toque y un valor de que pocos hombres son capaces.

Añádase á esto los horrores de que el cristianismo ha rodeado la muerte, las amenazas y las torturas de la condenación. ¡Qué angustias para las conciencias débiles y timoratas! ¿Qué será de un alma que pase sucesivamente de los más inflamados arranques del amor divino á los llamamientos desesperados á la piedad celeste, del arrobamiento del éxtasis al terror del suplicio eterno? ¿No hay en esto un escollo fatal en que vienen á estrellarse muchas inteligencias?

Felizmente no siempre es así. Por lo general, esas naturalezas débiles y tímidas, pasivas más bien que activas, son salvadas por su misma debilidad, puesto que ponen su voluntad, su conducta, sus pensamientos en manos del sacerdote que les dirige; se anonadan cuanto es posible, y viven felices en una paz adquirida á expensas de su inteligencia.

La franqueza con que M. Maudsley expone sus opiniones en la cuestión de lo sobrenatural, ha debido crearle muchos enemigos en su país. Para él todas las formas de protestantismo solamente son creencias de paso entre el catolicismo romano y la emancipación completa de toda creencia en lo sobrenatural.

Con la misma franqueza y claridad trata de la educación. Ésta, que debería luchar contra las malas tendencias, contra las imperfecciones de la naturaleza heredada, está demasiado amenudo muy por bajo de su papel.

En las estadísticas sobre la locura se acostumbra á hacer la clasificación de gente instruida y gente sin instrucción. Pero se

puede haber recibido lo que en el mundo se llama una buena educación, es decir, tener buenos modales, haber aprendido un poco de griego, latín y matemáticas, y no representar apesar de esto más que un sér moral inferior y un carácter imperfecto; un obrero que apenas sabe leer y escribir tiene á veces más carácter, más dignidad y verdadera elevación que un hombre *bien educado*. Lo que importa más que el saber trivial que se adquiere en las escuelas, es una disciplina moral é intelectual seria, es el desarrollo del carácter. Desde la edad más tierna es preciso moderar y regularizar en el niño el elemento afectivo, luchar contra la tendencia á lo sobrenatural en vez de desarrollarla como se hace por costumbre, demostrar por medio del paciente estudio de los hechos que todo fenómeno tiene sus leyes en la naturaleza física como en la naturaleza moral, y que ni en una ni en otra deben ser infringidas esas leyes. Pero en las mujeres especialmente, es donde más se deja sentir la necesidad de una reforma radical en la educación.

Después pasa M. Maudsley á estudiar la influencia de la edad, del sexo, del género de vida y de las diversas causas patológicas sobre la producción de la locura. Nosotros limitaremos á señalar á los médicos un párrafo muy interesante, muy original y muy práctico al mismo tiempo, acerca del *temperamento loco*, cuestión de que ya se ocupó M. Maudsley en su libro *El crimen y la locura* (1), pero que ahora trata con mucha más extensión.

En terreno preparado por todas las condiciones precedentes, es como se desarrolla la locura, y M. Maudsley sigue sus caracteres y sus diversas formas desde la infancia hasta la edad adulta. Aunque toda esta parte del libro se dirija más especialmente al médico, hay muchos pasajes en que se tratan de mano maestra los más elevados y difíciles problemas psicológicos: tales son la locura en la infancia, las relaciones del genio y de la locura, la criminalidad, la herencia del vicio y del crimen, y tantos otros puntos que el lector sabrá bien encontrar en la obra de que damos cuenta, y que leerá con el más vivo interés.

La obra de M. Maudsley revela, en el mismo grado, todas las cualidades que hemos tenido ocasión de indicar en un artículo dando cuenta de la *Fisiología del espíritu*, del

(1) Paris, Germer Bailliere y compañía.

mismo autor. No insistiremos, pues, porque no podríamos hacer más que repetir lo dicho. Dirigiremos, sin embargo, á M. Maudsley el cargo de que entre los dos libros no hay el estrecho lazo que se tenía derecho á esperar. Se advierte, sí, la huella de las ideas emitidas por el autor en su *Fisiología del espíritu*, pero esto no es más que armonía accidental.

La obra última, que debería ser la consecuencia y la aplicación de la primera, es en realidad una obra distinta, una especie de tratado práctico de enajenación mental, más rico en detalles psicológicos que los tratados especiales. Las cuestiones de fisiología cerebral, que plantea y resuelve algunas veces el estudio de la enajenación mental, se pasan en silencio ó no son tratadas á fondo en el tratado á que aludimos. Es la obra de un médico y de un moralista, pero podía y debía ser también la obra de un fisiólogo y de un filósofo.

Esto no obstante, tal como es, resulta digna de leerse y meditarse, por cuya razón esperamos que ántes de mucho vendrá á unirse su traducción á las que ya se han hecho de las dos obras del mismo autor: *El crimen y la locura* y la *Fisiología del espíritu*.

BEAUNIS.

Profesor de fisiología en la Facultad de medicina de Nancy.

LEYES NATURALES ECONÓMICAS

DE

LA PROSPERIDAD Y DE LA JUSTICIA

(Continuacion)

Hechos económicos en general, y los contrarios á las leyes naturales de la prosperidad.

LOS HECHOS.

El hombre en sociedad no puede prescindir de las leyes naturales de la prosperidad y de la justicia, que son leyes del mundo moral, como no puede prescindir de las leyes del mundo físico; aquéllas le dominan, como éstas; pero, como á éstas, puede violarlas, y así lo hace con frecuencia. Y de ahí dos órdenes de hechos del mundo moral cumplidos

por el hombre: contrarios los unos, y los otros conformes á las leyes naturales de la prosperidad y la justicia. La mayor parte de los males que el hombre padece vienen del primero de esos dos órdenes de hechos, directa ó indirectamente. Estudiada la historia bajo ese punto de vista, es verdaderamente lamentable; la guerra, la esclavitud, la explotación, el privilegio, la reglamentación exagerada, etc., etc., son sus aspectos generales. En cuanto á los detalles de cada una de sus consecuencias, serian precisos muchos volúmenes para anotarlos siquiera; y quizás al sólo intentarlo se heririan los hábitos de educación de muchos lectores; pero, sea de esto lo que fuere, creemos que debemos familiarizarnos con la idea de que la mayoría de los héroes de la historia clásica han sido los mayores perturbadores de las leyes naturales de la prosperidad y la justicia.

Pero, aunque se escandalicen ciertas naturalezas para quienes el pasado es objeto de un culto supersticioso, diremos, sin embargo, que los soberanos más exaltados por la historia han sido en general una gran calamidad para el género humano. Cada uno de ellos, ó cuando no, por su voluntad, ha hecho más mal que todos los malhechores vulgares, juzgados por sus tribunales. No nos referimos á las intenciones, ni rehusamos á su memoria las circunstancias atenuantes de su educación, de los cortesanos que los rodeaban y de las preocupaciones de su época; pero todo eso no los dispensa de la responsabilidad en que han incurrido ante la razón y la ciencia. Se excusa muchas veces á un gobierno malo, diciendo: cualquiera otro sería peor. Ese decir, dando á entender que los pueblos no pueden elegir sino entre lo malo, puede tener algun valor bajo el punto de vista de los gobernados, pero no tiene ninguno para justificar á los gobernantes; y, bajo el punto de vista de la ciencia social, no es digno de exámen siquiera. Equivale á decir que un ladrón, no sólo es excusable, sino muy digno de loa, cuando no despoja enteramente á sus víctimas; y que cuando les deja con qué comprar un cordel para ahorcarse, le deben gratitud. Tal es muchas veces la moral y la política de la historia, pero no la nuestra. Cualquiera que hace un mal debe ser de él responsable, aunque haya impedido realmente que otro en su lugar le hiciera mayor. El deber de los gobernantes es sin duda el de impedir el mal; pero, ante todo, tienen el de no producirlo ellos mismos.

Al expresarnos así, nos proponemos sólo una cosa; esto es, manifestar que, cuando la arbitrariedad interviene en la economía social, perturba las leyes naturales y engendra un orden de hechos contrarios á ellas. En cuanto á los hechos de ese orden, que nos proponemos examinar, son de una naturaleza más general aún que aquellos á que nos venimos refiriendo; resultan de la arbitrariedad de todos tiempos; hacen cuerpo, por decirlo así, con la economía de las sociedades, y dista mucho á ese respecto, á nuestro juicio, de hallarse la opinion pública y la ciencia convenientemente ilustradas. Estos hechos, sin embargo, apesar de su número é importancia considerables, no pueden pasar de cierto límite, puesto que, de lo contrario, harían que desapareciera la sociedad. A su lado, por consiguiente, en infinito mayor número y mucho más considerables, dígase cuanto se quiera, se producen hechos conformes á las leyes naturales de la prosperidad y de la justicia, con los cuales se confunden muchas veces, y cuya distincion nos proponemos hacer conocer. No los examinaremos todos, por supuesto; pero escogeremos aquellos cuya naturaleza pueda reconocer con más vivacidad el espíritu del lector, poniendo á la vez más en claro las leyes que nos ocupan.

HECHOS CONTRARIOS Á LAS LEYES NATURALES DE LA PROSPERIDAD.

El hecho general que nos parece mejor caracterizado en el mundo moral y político, en el orden de hechos contrarios á la prosperidad, es la desigualdad de fortunas. Esta es á la vez el efecto y la causa de todas las desigualdades generales, y debe resultar, dígase cuanto se quiera, en su mayor parte, si es que no en su totalidad, de la violacion en lo pasado de las leyes naturales de la justicia (1). En todo caso engendra males incalculables,

(1) Esta afirmacion promoverá muchas protestas, á las cuales opondremos desde luégo algunas reflexiones. Se dice que los hombres han partido de la igualdad más ó ménos completa, pero que la desigualdad estaba como gérmen en el fondo de su naturaleza, y que el progreso debía desarrollarla necesariamente. Siendo eso así, la desigualdad sería inherente, no sólo á la naturaleza humana, sino también á sus progresos. El hecho es que, durante cierto tiempo por lo ménos, la desigualdad y el progreso se han desarrollado simultáneamente; pero de ahí no debe deducirse que el progreso dependa de la desigualdad, ni ésta de aquél, como se quiere afirmar. Tanto

lables, de los cuales no sabe ó no quiere darse cuenta el espíritu de partido solamente. No se puede negar desde luégo que dé motivo á la ociosidad de parte de aquellos á quienes favorece; pero la ociosidad (no somos nosotros los que lo decimos, ni diremos tampoco lo contrario) es la madre de todos los vicios. La desigualdad de fortunas produce efectos más especialmente económicos aún, y vamos á indicarlos.

El primero que se nos presenta es el lujo, éste absorbe una parte de las fuerzas de la sociedad, y disminuye en otro tanto la produccion de lo más indispensable al bien general. Todos saben que la mejor economía consiste en no satisfacer las necesidades de lujo sino despues de las más imperiosas; al que procede de otro modo se le considera

valdria decir que el progreso dependia de la inmoralidad, y viceversa; el progreso obedece á sus leyes, y cierto que la desigualdad no es una de ellas. En cuanto á la desigualdad, nadie pretende negar que la injusticia sea una de sus causas más poderosas. Haciendo á un individuo esclavo ó siervo, condenándole á trabajos forzados, á la miseria, á la ignorancia, á la obediencia pasiva, á la vergüenza de los castigos corporales, á todas las degradaciones adheridas á la servidumbre, se altera profundamente su naturaleza, al propio tiempo que la de su tirano, y se introduce en la sociedad un gérmen de desigualdad, cuya exuberante reproduccion causa espanto. Esa causa por sí sola bastaria para explicar todas las desigualdades imaginables, así del orden físico como del moral; sin embargo, la desigualdad obedece á otras causas del mismo género, ya que la injusticia se produce además bajo otras formas. En vista de una causa tan general, tan patente, tan incontestable como la injusticia bajo todas sus formas, es de admirar que el espíritu humano se deje llevar á la creencia de que la desigualdad es orgánica, necesaria, inevitable é involuntaria en todos sus grados, y lo es tanto más, cuanto no puede apoyarse esa creencia en ninguna observacion metódica. De cualquiera manera que sea, esas pretendidas causas de desigualdad, que se suponen inherentes á la naturaleza humana, nadie puede decirnos en qué consisten, á ménos de confundirlas con la misma desigualdad, cometiendo, á nuestro parecer, la patente peticion de principio, diciendo: la desigualdad es la causa de la desigualdad. Se dice, es verdad, creyéndose así dispensado de dar mayor explicacion: los hombres nacen desiguales; sí, los hombres nacen desiguales en cierta medida, en una gran medida con frecuencia; pero la ciencia no está en estado de decir, ni nadie está autorizado para decir, que siempre ha sido así, que no podria ser de otro modo, y que será siempre lo mismo. Entretanto, la observacion prueba que la injusticia es una causa capaz de todas las desigualdades, que muchas de éstas han comenzado por ser facticias, que otras lo son aún, que son un obstáculo al progreso, que hieren á la generalidad, y que el progreso tiende enérgicamente á destruirlas.

como un insensato, si es solo, y como un malhechor, ó poco ménos, si tiene mujer é hijos; y no puede suceder otra cosa respecto á la sociedad. Pero la sociedad no puede ser administrada como una familia, convenido; y dada la desigualdad de fortunas ha de resultar el lujo, convenido tambien; pero convén-gase ó no en ello, lo que debe resultar de la desigualdad de fortunas y el lujo consiguiente, es el que no se puedan satisfacer las necesidades más imperiosas por una parte considerable de la sociedad, porque todas las fuerzas destinadas á satisfacer la demanda del lujo son sustraídas á la produccion que tiene por objeto satisfacer las otras. Si el lujo pudiera multiplicar las fuerzas productivas, no sucedería eso; pero sabido es que carece de tal virtud, por el contrario, puesto que de ordinario va acompañado de la ociosidad de los que le gastan.

Otro efecto de la desigualdad de fortunas es el mal arreglo de la agricultura, de lo cual hemos dicho ya lo suficiente al ocuparnos del interes del capital. No solamente vemos que la asociacion forzada entre el propietario y el colono se halla en condiciones ménos ventajosas que la ordinaria entre el trabajo y el capital en las industrias manufactureras y mercantiles, sino que hace mucho más difícil la aplicacion del capital á la tierra, y esto se opone al progreso de la agricultura. Y no hay que olvidarlo, los progresos en agricultura, como lo veremos luégo, son los más precisos para la prosperidad pública; todos los demas dependen de éste en gran proporcion, al paso que lo contrario se verifica en proporcion muy limitada relativamente. Bastan dos palabras para percibir esto con claridad; la primera condicion del progreso, como de la vida, es la de alimentarse suficientemente, y la agricultura es la encargada de cubrir esa necesidad.

La desigualdad de fortunas produce además otros muchos efectos; nos limitaremos particularmente á hacer notar el que produce sobre la distribucion del trabajo, y sus resultados. A causa de esa desigualdad, la mayor parte de los trabajadores no pueden adquirir por la educacion los conocimientos y las aptitudes necesarias en muchas industrias; así que la libertad en ellos para escoger una ocupacion, ó para cambiarla, se halla circunscrita entre límites muy estrechos. La primera consecuencia que de ahí resulta, es el impedir que las fuerzas económicas y sus remuneraciones se distribuyan de la ma-

nera más favorable á la produccion y al consumo, es decir, al mejor estar de todos.

En un taller bien dirigido se distribuye el personal segun las exigencias de la distribucion del trabajo, y se arregla todo de suerte que no haya diez hombres ocupados donde basten seis, ni seis solamente donde sean necesarios diez. Además, se cuida de que no haya en él sino operarios inteligentes, prácticos é instruidos, si es posible, y aptos para pasar de una funcion á otra análoga, para restablecer el equilibrio de la division del trabajo modificado incesantemente por las circunstancias variables de la produccion. Eso mismo sucede en un buque de guerra: se divide en él el trabajo como en un buen taller; sin embargo, no se desempeña á bordo cada funcion tan exclusivamente por sus diferentes grupos de sirvientes que, á necesidad, no puedan pasar los gavieros, siendo buque de vela, de mesana, por ejemplo, á otro mástil, y recíprocamente, ó los artilleros á la maniobra, ó los marineros al cañon, áun en el caso en que todas las funciones del buque se ejerzan á la vez. Sin un arreglo semejante, no se podría navegar ni combatir convenientemente.

Pues bien: un arreglo análogo al de ese taller y ese buque es necesario en la economía de las sociedades para que prosperen; es preciso que no ocupen diez trabajadores donde bastan seis, ni seis donde sean necesario diez; y convendría que todos poseyesen, además de la inteligencia y los conocimientos suficientes para su funcion, cierta aptitud general que les permitiera, á necesidad, ejercer otra análoga sin gran dificultad. Sabiendo cuán variables son las circunstancias que constituyen la economía de las sociedades, ¿cómo se podrá responder á las exigencias de esa variabilidad si los trabajadores no pueden cambiar de lugar y de ocupacion á la par que los acontecimientos, por lo ménos en la escala que la naturaleza de las cosas lo permita? Hasta ahora no se ha presentado en parte alguna ninguna economía donde las facultades de cambiar de lugar y de ocupaciones, á medida que las circunstancias lo han exigido, se hayan dejado libres á los trabajadores de una manera satisfactoria: siempre se ha opuesto á ello algo de arbitrario ó de facticio; aquí las castas; allá la esclavitud, la servidumbre ó las corporaciones; en otra parte la reglamentacion ó la proteccion; en fin, por todas partes la desigualdad de fortunas, residuo de las instituciones antieconómicas del pasado.

Difícilmente sucede en un taller que las fuerzas productivas y sus remuneraciones se hallen sensiblemente mal distribuidas; eso sería escandaloso; ni el emprendedor ni los obreros querrian permitirlo. Pero sucede frecuentemente en la sociedad; y no sólo no se inquieta por ello mucho, sino que aún se toman medidas para que continúe esa mala distribucion, y hasta para empeorar un estado de cosas tan deplorable. En efecto, burlado por una ilusion que no le permite comprender que una mala distribucion del trabajo y de su remuneracion no puede favorecer á ciertos trabajadores sin dañar á otros, el legislador se esfuerza con demasiada frecuencia en conservar y aún crear ventajas para los unos, sin inquietarse por los que las sufren; lo cual agrava las desigualdades. Así procede el sistema protector.

La desigualdad de fortunas, y todas las que de ella dependen, produce las mismas consecuencias que la proteccion; hé ahí por qué vemos una al lado de la otra durante diez, veinte y cincuenta años, y más todavía, industrias que languidecen y otras que prosperan, obreros que sucumben bajo el peso de quince horas de trabajo para ganar un jornal insuficiente, al paso que á la puerta de su taller ó cobertizo los hay que sólo trabajan ocho ó diez horas para vivir mucho mejor; hé ahí por qué se quejan de las máquinas y se calumnia á la libertad. Un poco más de educacion, instruccion é inteligencia, permitiria á esas víctimas de la desigualdad librarse del triste abatimiento en que caen, y tomar una modesta parte en el bienestar general.

La insuficiencia de instruccion aleja de la concurrencia más del noventa por ciento de la poblacion para un número considerable de funciones lucrativas; de suerte que las demas tienen excesiva concurrencia. La carencia, casi completa, de toda educacion, unida á la necesidad de que los niños ganen su vida tan pronto como tienen fuerzas para ello, hace, por lo ménos para todas las industrias que exigen ciertos conocimientos profesionales, ó aprendizaje, que la concurrencia sea también menor en esas industrias, y de todo eso resulta necesariamente que nuestras sociedades hayan de sostener esa clase de trabajadores sin otras facultades que sus fuerzas físicas, y que su desgraciada existencia flote á merced de los acontecimientos entre la mediocridad, la desnudez y la muerte. Tal es, entre otros, el horroroso espectáculo que nos

viene ofreciendo la Irlanda. Más aún: esos infelices, donde hace su recluta la miseria, se hallan, ménos todavía que los demas trabajadores, en disposicion de distribuirse convenientemente entre todas las industrias que pueden ocuparlos; así es que, en general, permanecen, cualquiera que sea su número, donde el azar les ha hecho nacer, para morir allí como animales ó plantas atacadas por una epidemia. Se ve también ¡ceguedad increíble! que algunos legisladores, arrastrados por la lógica del error, dictan leyes que dificultan su traslacion. Para evitar tan lamentable condicion, las poblaciones rurales emigran á poblaciones mayores, industriales de ordinario, donde se les ofrece mejores salarios, pero donde, sometidos á fluctuaciones más rápidas é inesperadas de actividad y de huelga, que no saben ni pueden conjurar, caen con frecuencia en ese estado desconsolador que la ciencia apellida con el antiquísimo nombre *pauperismo* (1).

Se dice, y es verdad, que las funciones más lucrativas no carecen de concurrentes; que hay demasiados abogados, médicos, artistas, ingenieros, aspirantes á la toga, á grados universitarios, á las escuelas especiales, etc.; pero también es igualmente verdad que todos los concurrentes á esas funciones son elegidos por la fortuna, que es ciega; que su concurrencia excesiva es efecto de una preocupacion, de la cual son víctimas las demas funciones, puesto que se les escatima la inteligencia, el saber y el capital; en fin, como lo hemos dicho ya, consiste todo eso en que las fuerzas de la produccion y sus remuneraciones están mal distribuidas. ¿Qué deberíamos pensar de una economía animal en la cual la sangre, excitada por semejantes preferencias, acudiera en excesiva abundancia al cerebro y al corazón, porque el cerebro y el corazón sean reputados como ór-

(1) La causa de pauperismo se reprodujo, más que en ninguna otra parte, en Inglaterra, cuando se trasformó allí la agricultura para ponerla en mejores condiciones con ménos brazos. Entónces fué (lo que tanto indignó á M. Sismondi, y con razon) cuando la duquesa de Sutherland expulsó á 15 000 colonos de sus dominios; entónces fué cuando la Irlanda inundó de niños las grandes ciudades del Reino-Unido. Este movimiento ha disminuido; pero no ha llegado aún á su término, sobre todo para Irlanda. Ha habido contra él quejas amargas, sin comprender que respondia á una imperiosa necesidad de equilibrio entre la distribucion del trabajo y los salarios, cuyas causas habia exagerado la mala economía en el pasado

ganos superiores? Pensaríamos que esa economía tendría por ideal la enfermedad, la fiebre, el sufrimiento, la muerte.

2. Se pretende que la naturaleza humana es así, y que si todos pudiéramos hacer la concurrencia á los trabajos más envidiados, nadie querría desempeñar los otros. Eso es olvidar que la naturaleza humana es así por fuerzas accidentales y perturbadoras; eso es olvidar ó no querer ver que si todos pudiéramos hacer la concurrencia á los trabajos más envidiados, no se vería adherir á cada especie de trabajo las preocupaciones que se le adhieren hoy, y que el trabajo no estaría sometido á esa jerarquía arbitraria é insolente que la opinion, formada por la desigualdad y consagrada por la educación, ha creado apesar de la razón, de la justicia y de la caridad. Eso es olvidar que en semejante condición, que supone cierta igualdad, no absoluta, de fortunas y de educación general, al mismo tiempo que la obligación de trabajar todos ó casi todos, sería de necesidad que se repartieran todos los trabajos indispensables, agradables ó no, remunerando y hasta honrando más los repugnantes. Los que creen que las ideas actuales, respecto á lo que se llama honor, no han de cambiar con las circunstancias, no comprenden la naturaleza humana ni su historia. No es necesario ser profeta para poder asegurar que ciertas cosas, al parecer de hoy honrosas, podrán aparecer como deshonorosas mañana.

Se dice también que sin desigualdad no se daría la división del trabajo, ni sería posible la armonía de la producción. Hé ahí una opinion que no procede de la experiencia, ni se deduce de la analogía; eso es confundir la variedad con la desigualdad, y probablemente tiene su origen semejante opinion en la antigua preocupacion de castas, que suponía una especie de predestinación en el hombre para las funciones que desempeñaba, una suerte de derecho divino á la opulencia y á la miseria, así como al gobierno de las sociedades; á menos que, como esas mismas preocupaciones, no venga de la necesidad sistemática de justificar todo lo que es. De cualquiera manera que sea, lo cierto es que contradice ese axioma tan conocido que dice: quien puede lo más, puede lo menos. Según ella, el quinto violín de una orquesta no podría desempeñar su parte, si fuera capaz de desempeñar la primera. Lo evidente sería lo contrario: si todos los violines de una orquesta tuvieran bastante aptitud para des-

empeñar la parte primera, y sucediera otro tanto con todos los demás instrumentos, la orquesta sería mejor. ¿Por qué no habría de dar análogos resultados la mayor aptitud en las funciones económicas?

Pero ¿quién consumiría, si todos produjeran? dirán probablemente los que se complacen en pensar que hacen un gran beneficio á la sociedad en consumir mucho y no producir nada. ¿De dónde han podido deducir esos señores la necesidad de la separación de esas dos funciones, producir y consumir? Porque la verdad es que más bien son inseparables, puesto que cada productor quiere tener por remuneración el total que produce, ó concurrir á producir, y el principio de la distribución tiende constantemente á dárselo; y de ahí que cada uno debe consumir, reproductivamente ó no, tanto como produce. Si todos produjeran, todos consumirían, y cada uno podría consumir tanto más, cuanto más produjera. En semejantes condiciones no habría fuerzas perdidas, y la riqueza se elevaría al máximo de cantidad que permitieran la inteligencia, el saber y la actividad de todos.

También se dice que es preciso tiempo desocupado para poder cultivar las ciencias, las artes, la poesía, etc., cuyos frutos se esparcen como rocío fecundo sobre las masas absorbidas por el trabajo continuo. ¿Sería debido á eso por ventura que los opulentos antiguos no supieran leer y que de ello hicieran alarde? No; esos señores, se dice, alimentaban los sabios, los artistas y los poetas; sí, casi tan bien como á sus perros y caballos, y eso cuando no los perseguían y ultrajaban; además, ni por la ciencia, ni por el arte, ni por la poesía lo hacían, sino por ellos mismos, para saciar sus satisfacciones personales, y para lisonjear su vanidad en muchos casos; de suerte que los sabios, los artistas y los poetas de otros tiempos vivían de la opulencia, como viven hoy todos los que trabajan para ella, ni más ni menos. Esta objeción, pues, no vale más que la anterior, con la cual se confunde. No es la opulenta ociosidad la que sostiene los sabios, los artistas y los poetas, sino el resultado de su trabajo: la ciencia, el arte, la poesía, la necesidad que de todo eso se siente es lo que reclama su retribución. En cuanto á los recursos necesarios para ello, el gran número de consumidores de todas esas cosas los proporcionan con infinita mayor liberalidad que podría hacerlo la opulencia individual. ¿Cuál de estas individualidades podría gastar muchas cen-

tenas de miles por noche en una sola ciudad, para sostener algunos artistas, como lo hace el público que afluye á los teatros? ¿Dónde hallaríamos alguno de esos grandes señores que diera 400 ó 500.000 francos por año á una Patti, para cantar en cinco ó seis capitales de Europa? ¿Dónde aquellos que pagaran las numerosas ediciones de las obras de Lamartine, de Víctor Hugo, etc.? ¿Dónde los que cubrieran de millones á los compositores, como Rossini y Meyerbeer? ¿Dónde los que pagaran dignamente los servicios de los grandes médicos, abogados, inventores, etc?

Apesar de ser todo eso notorio, aún hay quien dice que para la pintura y la escultura es la opulencia necesaria; sin embargo, es bien evidente ya que el público toma la parte más considerable en su remuneracion. Sin duda que hay pocas personas que puedan comprar las grandes obras, pero casi todos podemos comprar sus reproducciones por el grabado, la litografía ó la fotografía, y esa publicidad puede proporcionar mayor remuneracion que la venta de los originales. En cuanto á esta venta, sería más ventajoso para todos, creemos, que se hiciera á los establecimientos públicos, como á los museos (que podrian ser más numerosos), mejor que á particulares opulentos, que apenas los gozan, y que no siempre permiten que los gocen ó estudien los demas.

Aún quedan celebridades científicas reducidas á la liberalidad de la munificencia, como son las retribuidas por el Estado. Pues bien: apesar de ser el Estado mucho más opulento que los demas protectores de la ciencia y del arte, sus protegidos están léjos, y mucho, de ser tan generosamente retribuidos como los protegidos por el público. ¡Cuántos profesores á quienes paga el Estado sólo algunos miles no ganarian cientos de miles si cada discípulo les pagara los servicios que recibel No se acudiría á oirlas, si las lecciones no fueran gratuitas (1). ¡Argumento de proteccionistas, siempre dispuestos á defender el abuso y el monopolio! Pretender que para ser abogado, médico, físico, químico, matemático, filósofo ó literato, y aún sin eso, para adquirir esos conocimientos generales, por los cuales todo el mundo se interesa, no se pagaria, es mostrar á nuestro juicio una

singular desconfianza del sentido comun, y muy pequeña estimacion por las ventajas del estudio; es olvidar que un simple pasante pagado por los discípulos, gana más que un profesor pagado por el Estado. Téngase en cuenta, sobre todo, que nos vamos refiriendo á una economía social en la cual, por lo ménos, disminuyera considerablemente la desigualdad de fortunas.

En la práctica, no puede haber cuestion sobre la igualdad absoluta, ni se trata siquiera de conseguir ninguna especie de igualdad, porque es sabido por demas que no se conseguiría; se trata sólo de conseguir la libertad que nos permita aproximarnos á ella en cuanto posible sea, y esa libertad podremos obtenerla cuando se quiera seriamente ó de veras. La ciencia, que puede hallar en la igualdad absoluta un ideal inaccesible, al cual nos aproxime el progreso más y más, no puede decir hasta dónde se puede llegar sin conseguirla, ni medir tampoco la rapidez de la marcha que haya de seguirse; pero puede tranquilizar á la vez, así á los que horroriza sin razon, como á los que la aman con pasion. Apénas se comprende una sociedad sin superioridades individuales; pero cuando proceden del desarrollo libre y natural de las cosas, no hieren á nadie, y muchas veces indican la marcha que todos deban adoptar, como faros colocados sobre el camino que se ha de recorrer. No sucede eso con las superioridades facticias de castas, de condiciones, de nacimiento, de opinion, etc.; éstas, dígase cuanto se quiera, las condena la razon; es cierto que se las confunde muchas veces con las otras, de donde resulta hacia ellas una benevolencia inmerecida, ó, por el contrario, una malevolencia más inmerecida aún hacia las otras; pero si éstas no existieran, aquéllas no estarían expuestas á los errores de la ambicion, ó, por lo ménos, no lo estarían tanto; serían más respetadas y más respetables, puesto que se carecería de la tentacion de confundirlas con las superioridades facticias, envidiadas con demasiada frecuencia.

B. ESCUDERO.

(Continuará.)

(1) No queremos referirnos á la primera enseñanza, pues ésa creemos, por el contrario, que debe ser gratuita y difundirse más y más, y siempre más.

VIAJES

DE

EXTRANJEROS POR ESPAÑA Y PORTUGAL

EN LOS SIGLOS XV, XVI Y XVII

(Continuacion.)

El viérnes más próximo despues de la fiesta de San Francisco (1), emprendí mi viaje de Tavira en una lancha, y viré á una pequeña plaza de comercio llamada Lepe, en el reino de Castilla (2), y distante ocho millas; allí desembarqué por causa de un fuerte temporal, que por poco me hubiera echado á pique con todas mis condecoraciones. De Lepe fui hasta *Calis Malis* (3), llamada antiguamente Antioquía, una ciudad distante veinte millas por mar. Es la misma que por sus pecados sodomíticos quedó sumergida por las aguas de mar; enfrente, y en el continente, edificaron otra ciudad con el nombre de Calis Malis. Luégo pasé á San Lúcas (Sanlúcar de Barrameda), á tres millas; despues á Sevilla, por un rio que desemboca al mar, quince millas; una parte de mi camino de Lepe, de que hablé, hice á caballo cinco millas hasta Sumberleon; de allí cinco leguas á la ciudad de Niebla, en que encontré á aduaneros malos; exigieron de mí el peaje, hasta por mis condecoraciones. Los despedí tan desdeñosamente, que con vergüenza se fueron. De Niebla á San Lúcas (4) hay ocho millas, y más adelante, á unas cuatro millas de distancia, llegué á la capital, Sevilla, situada en las tierras de Lozia (5), en donde no se hallaban entónces los Reyes. El miércoles ántes de Santa Eduvigis (6) encontré á S. M. en Granada, y delante la ciudad Sitivil (7). Procuré dar la noticia de mi presencia al Rey; en ocho dias me concedió la audiencia, me llevó consigo á Sevilla, y pasados algunos dias, despues de haber leído la carta de S. M. I., y las de los príncipes que le presenté ántes, mandó decirme que en pocos

(1) En 8 de Octubre de 1484.

(2) Lepe, villa en la provincia de Sevilla, sobre el rio Saltes.

(3) Tres millas de Sanlúcar de Barrameda.

(4) Sanlúcar la Mayor.

(5) Anda-lozia.

(6) El 13 de Octubre de 1484.

(7) Setenil de las Bodegas.

dias me daria contestacion y despedida. Entretanto hice mi visita al Cardenal (1), como á la más elevada dignidad despues del Rey, suplicándole me hiciese el favor de procurar con S. M. que se me despachase sin tardar mucho. Me prometió efectuar todo conforme á mis deseos. Enseguida convidé á su secretario con otros dos titulados doctores á comer conmigo, y me entretenia con ellos sobre varias cosas, y entre otras de mis dos moros que me regaló el Rey de Portugal, que la aduana de que hice mencion me cogió en el camino de Sevilla, y los guardaba en una cárcel hacia tres semanas. Yo me figuraba de veras que en este reino habia más formalidad, y que sin gastos de mi parte se me devolverian mis negros, y se castigaria al mismo tiempo á los aduaneros por su injusticia conmigo; pero pronto me desengañé, porque no debiéndoles nada, siendo mis moros dos judíos bautizados, se me obligó, sin embargo, á pagarles la cantidad de tres ducados poco más ó ménos.

La gente de la provincia de Lozia es generalmente grosera, necia, avara, y poco dotada de verdaderas virtudes, como en Portugal; sin embargo, más astuta es que la de este último país.

En Sevilla hay una iglesia muy grande, más grande que la de Colonia, y la ciudad tambien es más grande. El Cardenal mandó á uno de sus doctores, que acostumbraba á verme por su orden, que activase la devolucion de mis dos moros, y sin gasto alguno; llamó á los aduaneros con mis moros, y en resúmen me dijo que tenía que entregarle tres ducados, y cayeron sobre mí todos con tanta conformidad, que por fin hice lo que me pedian. ¡Ah! ¡De qué astucia tan fina se ha servido el doctor contra mí! El no hacia absolutamente ningun caso de las órdenes del Cardenal, su señor. Y no hay de qué extrañarse; por fraude y embusterías, el Rey de Francia le desterró. Estaba, pues, esperando en la corte cuatro semanas, ántes de conseguir alguna contestacion, porque se creia que yo pediria algo al Rey; se temia eso. Adquiriendo finalmente la noticia de que no ne-

(1) Don Pedro Gonzalez de Mendoza, sucesor de Don Alonso Carrillo, y predecesor de D. Fray Francisco Jimenez de Cisneros, primados de Toledo. El D. Pedro de que habla el viajero, nació en 1428, prestó importantísimos servicios á los Reyes Don Fernando y Doña Isabel en la guerra contra Portugal y Granada; murió en el año 1485.

cesitaba nada ni pensaba en pedir algo al Rey, sino únicamente un salvoconducto, porque no era un mendigo, ni vine á verle para que me diese regalos ni presentes, se resolvió mi admision á la presencia del Rey en cualquier momento que fuese. Este procedimiento de regatear el honor y la majestad de un Rey es muy vergonzoso, porque de ahí nace luégo la humillacion, y aunque no me hubiese propuesto jamas pedir algo al Rey, se hubiera debido tener en consideracion que soy un viajero extranjero, que con peligro de mi vida y fortuna atravesé tantos reinos, para que pudiese ver tambien á este Monarca, y rendirle el homenaje debido. La causa, sin embargo, de que el mencionado doctor no diese ningun paso en mi favor, apesar de sus promesas, fué porque él y otros que se encargaban abrirme el camino al Rey, esperaban regalos de mi parte. No obstante, le convidé dos ó tres veces á mi mesa; pero sus sentimientos, despojados de la propia dignidad, no admitian ninguna atencion en su corazon hacia mí. En aquel intervalo vino á la corte un embajador ú orador del duque de Burgandía, Sr. Gupian, un noble: á él referí mi negocio. Al instante, cogiéndome por la mano, me llevó consigo al Rey, y le contó él mismo mis calidades. Yo pedí sin demora un salvoconducto, que se me despachó al dia siguiente.

A la despedida, el Rey me mandó á la posada para cubrir mis gastos la cantidad de 100 doblones, de valor de un ducado y medio cada uno, y al mismo tiempo me regaló dos corceles. La Reina no quedó muy satisfecha, porque trayendo cartas del Emperador y del duque de Burgandía para el Rey, no tenía ninguna para ella. Es preciso constar aquí un contrasentido de aquel reino, en que la Reina es Rey, y el Rey es su servidor. Este sistema de gobierno me era desconocido, y lo aprendí por la primera vez la víspera de la Natividad (1) de Nuestro Señor, del modo siguiente:

Este dia se celebró una memoria anual del sitio de Sevilla por los cristianos, y la victoria obtenida sobre los infieles que llaman bárbaros hasta hoy en algunas partes; con este motivo se hace cada año una procesion solemne y estaciones, á las cuales asisten los Reyes, si están en la ciudad presentes. Delante de SS. MM. se lleva la espada que sirvió en la conquista de esta ciudad, y

(1) El 24 de Diciembre de 1484.

que es corta, mal hecha, sucia, negra y antigua. La espada, símbolo de justicia, que se tiene cuidado de llevar delante del Rey, va con su punta hacia la tierra, y su puño con una cruz hacia abajo; y eso porque el Rey, al emprender una guerra contra el padre del actual Rey de Portugal, perdió la batalla con su ejército, y huyó con los suyos. Apercibí entónces en la procesion que el Rey es servidor de la Reina, porque la llevaba á su derecha, y al Cardenal á su izquierda; y tanto es así, que la nobleza teme más á la Reina que al Rey, que en todos sus instantes no se preocupa de otra cosa que de cumplir las órdenes, mandas y voluntades de la Reina. Si el Rey quiere despachar algunas correspondencias, no se puede sellarlas sin permiso de la Reina, que lee todas las cartas, y si encuentra algo que no le guste, las despedaza en presencia del mismo Rey. El Rey no puede hacer nada sin permiso de la Reina; al contrario, lo que ella quiere, aquello tiene que cumplir. Lo que se decide entre el Cardenal, conde español muy poderoso, y la Reina, el Rey ha de ejecutarlo. Por este motivo se murmura mucho en Aragon y Cataluña contra el Cardenal, y se habla mal; y si se publica alguna orden en dichos países por el Rey ó el Cardenal, no hacen caso; mas tiemblan al nombre de la Reina (1). El Rey es señor natural de Aragon, Cataluña y Sicilia, como se dirá más adelante. Al Rey, á causa de ser la Reina la heredera, ni se le teme, ni se le respeta más en sus propios Estados que en todo el resto de España. Sus súbditos de Cataluña y Aragon hablan públicamente, y lo mismo he oido decir á muchos en España, que la Reina es protectora de los judíos é hija de una judía (2). Yo tambien observé con mis propios ojos que tiene más confianza en los judíos bautizados, que en los cristianos (3). En sus manos entrega todas sus rentas y censos; son sus consejeros y secretarios, como tambien lo son del Rey, y sin embargo, en vez de respetarlos, más los odian que otra cosa.

Al verme con armas, escudo y casco en la

(1) No sabemos de dónde tomaria nuestro viajero tan equivocadas noticias. ¡Mal comprendió los caracteres de Doña Isabel y de Don Fernando!

(2) Tan dura es la expresion que aquí usa el autor de este viaje, que no nos atrevemos á traducirla literalmente. Es el primer escritor coetáneo que trata tan injustamente á la Gran Reina de Castilla.

(3) Acaso los judíos bautizados eran más activos que los cristianos viejos.

iglesia de Sevilla, y sobre el casco una real corona, dijeron que yo éra acaso un bastardo de algun rey, con pretensiones de empezar la guerra por la hermana del Rey. Sabor de tan absurdos rumores, y comprendiendo que no entendian absolutamente nada de lo que pertenecia á un noble, puse bajo de mi escudo la siguiente sentencia del antiguo y célebre filósofo Ennui: *Benefacta male locata, malefacta arbitror*. Mas no podian comprender el verdadero sentido de estas palabras. Me preguntaron aún: «¿Qué es un Emperador?» Les contesté: «Es la cabeza del Cristianismo entero». A eso me dijeron: «Nuestro Rey no es su vasallo». Por lo que querian decir que su Rey es más poderoso que el Emperador. Les respondí de manera que avergonzados se marcharon. Al ir yo á la corte, ó á la iglesia, seguíanme en masa, me apretaban y miraban como á un espectro, y me hacian preguntas tan extrañas, como puede hacerlas únicamente la gente que en toda su vida nunca habia viajado. Uno de ellos me preguntó si era caballero. «Si veis, le dije, los signos de caballero colgados en mi cuello, ¿por qué me preguntais? Sabed que en nuestro país no hay costumbre de que los paganos, judíos ó rústicos se adornen de oro, como lo hacen en el vuestro; los caballeros solos pueden hacer esto.» Se calló y se fué.

Puedo decir en honor de la verdad que no he visto ni encontrado nunca en ninguna parte gente tan necia é impertinente como aquí. Si alguno de ellos estuvo una sola vez en Roma, se figura que posee la sabiduría del mundo, ó que le ha visto entero. Su clero, con rara excepcion, ni siquiera sabe hablar el latin. Las costumbres de la corte pueden servir aquí de ejemplo á cualquiera. ¡Cuán difícil es conservar en las cortes su virtud y candor, y evitar lamentables desengaños!

De Sevilla á Setenil, en el reino de Granada, hay diez y seis millas. El Rey de España, en el mismo año de 1484, con 8.000 hombres de infantería, y 4.000 de caballería, puso sitio á aquella ciudad, edificada en una montaña con un fuerte y muy sólido castillo. Allí fué donde encontré al Rey por la primera vez.

Otra ciudad Alora, á doce millas distante de Setenil, tiene un fuerte castillo en la montaña, y ella misma está situada abajo; tambien la habia sitiado el Rey de España dos dias ántes de *Corpus Christi*. A dos millas de Setenil hay una gran ciudad, llamada Ronda.

Tiene un obispado, porque sus habitantes de ántes fueron cristianos, como en todo el reino de Granada era lo mismo; mas lo conquistaron los paganos, llamados moros blancos, *mauri* en latin. Tres años ántes, el mismo Rey de España hizo la conquista allí de una gran ciudad, llamada Alhama.

A seis millas (1) de distancia, está la capital, Granada, en que el Rey de la misma reside y tiene su corte. Está tan poblada, que de una sola de sus calles se pueden sacar 1.000 ballesteros, y de la ciudad entera 60.000 hombres. Por eso, fuera del hambre y carestía, ningun otro poder pudo tomarla. Además, las dos ciudades, Loisto (2) á dos leguas, é Itera á una legua y media de Alhama, pertenecen tambien al Rey de Granada. El territorio de este reino tiene cerca de ochenta millas de longitud, y un poco menos de largo; posee grandes montañas, y unos cuatrocientos castillos, edificados en altas y enormes elevaciones, como el de Moclin, Montefri, Ertziron, Cambil, Ellarkey, Bassa, Guadix (3) y otras ciudades en la parte de Lozia, como Armaria (4) sobre el mar, en que el hijo del Rey de Granada tiene su corte.

En el año de 1483, el Rey de España lo cogió preso, y desde entónces, con la ciudad es tributario suyo. Tambien hay otras dos grandes ciudades: Feliselrufe y Feliselbanc (5) distantes cuatro millas de Almería, que tiene en su poder el viejo Rey de Granada. Hay además un pequeño territorio fronterizo al de Lozia, que constituye las fronteras. Es una tierra abundantísima de todo buen género de frutas. Allí como en Granada, los cristianos anteriores al paganismo, como los paganos primitivos, son fundadores de varias cosas.

A quince millas de Sevilla se halla otra gran ciudad, llamada Jerez; dista tres millas de la frontera del reino de Granada, y tiene 1.000 hombres de caballería y de soldados, que el Rey de España distribuyó entre sus habitantes contra los paganos. Es una tierra la más fértil en todo el territorio de Lozia. Además hay otra ciudad, Borgos, capital de Castilla, á ciento veinte millas de Sevilla. Es una plaza de mercado de las mejores mulas; de allí las llevan á Portugal, Aragon, Cataluña, á toda

(1) Se cuentan diez leguas.

(2) Loisto é Itera tienen sus nombres tan cambiados, que no me atrevo suponer sus propios.

(3) Eitziron es Archidona; Ellarkey es Eljarque; Bassa, Baza.

(4) Almería.

(5) Son las ciudades: Vélez-Rubio y Vélez-B-lanco.

la España, á Italia, Roma, y tambien á Francia.

Un juéves despues del dia de la Inmaculada Concepcion (1), emprendí mi viaje seis millas léjos de Sevilla, y llegué á la villa (2) Tussina, y una milla más adelante, á Villa Nova; luégo dos millas hasta Alora, un pueblo con un castillo poco fuerte: despues á Peynafforet (3), un pueblo, tres millas, con una posada; luégo tres millas hasta Mondabor, un pueblo con un bonito castillo; de Mondabor á Córdoba hay cuatro millas; ésta es una gran ciudad en que nacieron los más célebres historiadores: Titus Livius, y Valerius Maximus (4). Allí encontré una inmensa iglesia, con 500 columnas á su alrededor, y separadamente dispuestas, pero sin puertas. Es de fundacion de los sarracenos ó paganos: dentro cuelgan más de trescientos escudos, como broqueles, y cascos de los alemanes, bohemios, polacos, etc.; está situada en el territorio de Lozia; no es, sin embargo, tan grande como Sevilla que fundó Hispalo, y por eso se llama Hispalis, aunque algunos creen que su fundador fué Hércules, y no Hispalo. Córdoba es más antigua que Sevilla; mas esta circunstancia no contribuye en nada á darle algo de alegría, porque es muy cenagosa, y distante diez millas del reino de Granada. Tanto en la ciudad como tambien en todo el territorio de Lozia, no se tocan las campanas como en Alemania, Francia y otros países, en memoria de haber perdido allí los cristianos el reino de Granada; se dan golpes de martillos sobre las campanas, como se suele tocar á fuego en Alemania, y no se tocará del modo ordinario, es decir, á vuelo, hasta la reconquista del dicho reino á los moros.

(Nuestro caballero, siguiendo su camino,—continúa así el original,—fué desde Córdoba por el reino de Jaen y Murcia, hasta Valencia. La enumeracion de los lugares por donde pasó, no tiene nada de particular; por fin llegó á Almansa, y continúa así su relato:) Allí me paré, para pasar las visperas y el dia de la Navidad. Empieza aquí el puerto de Aragon, donde judíos aduaneros, bautizados ó no bautizados, desuellan á los viajeros.

(1) En 9 de Diciembre de 1484.

(2) Tocina.

(3) Peña-Flor, provincia de Córdoba.

(4) Nuestro viajero estaba en un error, porque ninguno de estos ilustres varones nació en Córdoba; acaso los confunde con Séneca.

Los judíos en toda la Castilla y España ocupan los puertos de la Real aduana, tanto en las ciudades y puertos de mar, como en todo el resto del reino, y no obstante las Reales cartas que me autorizaban el paso libre, se me exigian, sin embargo, dos ducados, y para no pagarlos acudí al juez, que ellos en su lengua llaman *Alcajer* (1), y á éste presenté mis Reales pasaportes. Me manifestó toda su estimacion, y me libró completamente de las manos de los malos mozos aduaneros, muy dispuestos á volverme atras. Aquí empieza la gente de mejores y más dignas costumbres que las que hay en los dominios de Lozia y Castilla, como se verá más adelante.

El cambio, tanto de costumbres como de edificios y mobiliaro doméstico, comienza en Almansa.

(Nicolas de Popielovo menciona aquí muchos lugares por donde pasó, y luégo sigue:)

Desde Marsal (2) hasta Valencia, se viaja siempre entre alegres montañas, y por un camino recto, poblado de ambas partes de olivos, viñas, árboles de gusanos de seda, y muchas palmas de dátiles delante de las ciudades. En el territorio de Lozia se ven raros viñedos ú olivos, apesar de montañas que existen tambien allí, y que son generalmente desiertas, áridas y despobladas.

Llegué á Valencia el juéves despues de los Inocentes. Al dia siguiente vino á verme el gobernador de la ciudad, Sr. Ferreris, á quien anteriormente comuniqué una carta que el Sr. Lupian en Sevilla me entregó, para librarme de las aduanas en aquel país: porque allí es un país particular con su Gobierno, que hasta de las órdenes del Rey poco caso hace; el Rey mismo tiene que pagarle seis denarios por cada florin.

El gobernador me libró de todos los gastos de la aduana, me obsequió mucho, vino á mi casa con otros diez y seis, presentándome una mula adornada de oro con exquisito gusto, y pidiendo que la montase; pero yo he preferido mi caballo. Luégo, montados todos, me pasearon por toda la ciudad, me presentaban algunas veces á sus señoras, que yo por galantería, y en la presencia de ellas, tenía que tomar en mis brazos y darles besitos; en verdad, aunque nunca en mi vida me haya gustado mucho de dar besos á las mujeres, no podía por esa vez privarlas de semejante obsequio; porque lo digo de veras, eran

(1) Alcalde.

(2) Acaso es Marsa.

ya demasiado hermosas. De esta manera me hicieron conocer la ciudad entera. Por todo Aragon viven sarracenos, que nosotros los alemanes llamamos ratas. Los conquistadores cristianos de aquellos países les concedieron la libertad para establecerse, vivir y mantenerse en separadas casas, aldeas y ciudades; mas á condicion de pagar censos á la nobleza cristiana, y trabajos más duros que los campesinos cristianos. A una milla de Valencia poseen cuatro ciudades que se llaman Misslatha (1), Manisis, Gesart y Paterna, donde viven y elaboran hermosas ollas y platos, con colores azules y dorados, que sirven de comercio á toda la cristiandad. Entre ellos se encuentran algunos judíos conversos; en la ciudad misma de Valencia tambien hay una cuarta parte de judíos convertidos. Valencia está mucho mejor y con más lujo adornada que cualquiera otra ciudad del Rey en todos sus dominios: por esta razon, mucha nobleza reside y vive allí.

Cuando los cristianos conquistaron los reinos y dominios de Aragon, Lozia (Andalucía), de Castilla y de Portugal, el Rey en aquella época quiso despojar de los bienes á todos los judíos que se encontraban entre los paganos, en el caso de que no hubieran querido convertirse al Cristianismo. Ellos, para conservar sus haberes y fortunas, aceptaron la Santa Fe cristiana; mas entre ciento, apenas se halla uno que la practique verdaderamente. Confiesan y ejercen su fantasía judaica ocultamente, y si los sorprenden infraganti, los cogen presos y los queman miserablemente.

En Valencia viven, no sólo judíos bautizados como se ha dicho, y ocupan poco más ó ménos la cuarta parte de la ciudad, sino tambien en gran número paganos y sarracenos.

A cincuenta millas de camino de Valencia se encuentra una gran ciudad, que figura entre las capitales, y se llama Zaragoza, situada en Aragon; allí existe un gran comercio. En todo el campo de Aragon, los habitantes sarracenos son más numerosos en las aldeas que los cristianos. Algunos condenan al Rey de Polonia (2) porque permite en sus dominios vivir á varias confesiones religiosas; sin embargo, los reinos de España están habitados

por los judíos bautizados y convertidos, y tambien por sarracenos infieles, en mucho más gran número que los verdaderos fieles del Cristo, y el Padre Santo los sufre tambien.

Cuando el actual Rey de Granada, un verdadero sarraceno con los suyos, quiso con su reino entero someterse humildemente al Papa Romano, éste le puso por obligacion para recibirle que no tardase largo tiempo en sus escrúpulos de conversion; no obstante eso, poco le preocupa su conversion, mejora de su creencia y principios de otra vida.

En Aragon y Cataluña el hombre y la mujer, apesar de la diferencia de los dos países, son poco más ó ménos lo mismo en el uno que en el otro; pero de las mejores y más civilizadas condiciones de España; sin embargo, el traje del hombre y de la mujer, y modo de vestirse, son como en Castilla ó Andalucía.

La verdad es que los gallegos son groseros, los portugueses casi lo mismo; pero los habitantes de campo en Andalucía son aún más groseros, que dificilmente se encontrarían en todo el mundo; y no hay de qué extrañarse, porque viven con los brutos sarracenos, se relacionan y comercian con ellos, respiran su aire pagano, salvaje y rudo, y en muchas cosas siguen sus costumbres y hacen á su modo sus negocios y tratos. En todos los países de que hablé largamente, corren rumores que en Galicia, Portugal, Andalucía, Biscaya, etc., el bello sexo es de costumbres muy relajadas (1), y que raramente se puede encontrar una jóven adornada de virtudes (2). Para satisfacer su avaricia, que es muy poderosa entre ellas, se dan á todo lo que se desea de ellas. Segun la afirmacion de varios, hubo tambien en Valencia una condesa que se hacía pagar dos ducados por cada noche. Además, así los casados como las casadas, tienen allí sus amantes, y sería una ilusion viajar entre los sarracenos para aprender buenas costumbres y virtudes, con excepcion de Sevilla; porque en todas las tierras de Andalucía, Portugal y Algarbia, los edificios y los hombres se asemejan, y la diferencia en la educacion, costumbres y porte entre los sarracenos y cristianos únicamente se puede apercibir en la religion;

(1) Mislata, Manises, célebres por su fábrica de loza en el siglo xiv; Gesarte y Paterna, todas en el antiguo reino de Valencia.

(2) Casimiro IV. Rey de Polonia entonces, desde 1447 á 1492.

(1) «Dass die Weibspersonen alles Huren seien»; he modificado esta expresion vulgar.

(2) No es posible usar los términos que emplea el autor.

sin embargo, los cristianos practican muy mal su fe, porque muy pocos hay entre ellos que se confiesen ántes de llegar su último pecadillo, y aún ménos los que ayunen, y que admitan más que dos pecados, como los lombardos y Wallhen, es decir, tú no robarás y no matarás. Todos los demás pecados de fraude, engaños, impudicia, delitos y desvergüenzas, son, segun ellos lo entienden, libres y quedan impunes, tanto los enumerados como varios otros grandes crímenes que no necesito mencionar.

En Aragon se cultiva mucho arroz: los sarracenos preparan las tierras y lo siembran, así como los demás cereales. Carnes y vino se compran mucho más baratos en los mercados de Andalucía que en los de Aragon. No he visto en el mundo que visité, ni comido de mejor gusto pan que en Sevilla y sus alrededores. En Portugal son mejores, más agradables y más baratos los vinos que en los dominios de Andalucía. De allí se exporta mucho grano para Portugal, Galicia, Algarbia, Aragon y Cataluña; mas nada se lleva á Castilla porque no lo necesita, y lo tiene de sobra.

En las vísperas de los Reyes, miércoles (1), salí de Valencia para Murviedro, cuatro millas distante, donde hay un castillo en la montaña y una villa en proximidad, ocupada únicamente por los judíos y sarracenos. En este camino al salir de Valencia hay muchos y grandes cipreses, y á la derecha el mar, que penetra una media legua en el continente; á la izquierda dominan altas montañas y en toda la vía por ambas partes desde Murviedro hasta Valencia, no se ve mas que viñas, olivos, naranjos, higueros y árboles en que se crían los gusanos de seda.

De ahí á Almaneren (2) hay dos millas; es una aldea con un castillo. Más abajo á media milla del castillo, crece únicamente el azúcar que los sarracenos cultivan, vigilan, cuidan y guardan. Aquellas tierras producen también muy buen azafran.

A tres millas más léjos se encuentra la ciudad de Villa Real, y á dos más la Villa Boreal (3), habitada por los sarracenos. Desde Valencia hasta aquella aldea se presentan á la vista del viajero, á su derecha constantemente el mar, grandes y elevadas montañas, y á su izquierda muchas poblaciones de sa-

rracenos, algunos castillos que guardan en su poder, y además por ambas partes muchos cereales entre el arbolado de naranjos, olivos, higueras y otros. Aquellas comarcas son ricas en higos, vinos y otras frutas, hasta con exceso; pero tienen más vino tinto que blanco. Desde la aldea Scoria, situada en grandes y elevadas montañas, y distante cinco millas, nunca se ve el mar, sino un aspecto árido; fuera de olivos, aquel terreno no produce nada más. Al contrario, los pueblos que están diseminados alrededor del camino, poseen viñas y siembras cultivadas y cuidadas más por los sarracenos que por los cristianos. Del castillo Almenara se percibe la isla *Iwischa* (Iviza), que el Rey de España tiene en su escudo (1). Está erizada de altas montañas, de donde se saca la más hermosa y blanca sal que yo he visto, y tiene la misma extension de largo que de ancho, es decir, cuarenta millas. Abunda en vinos, olivos y cereales; posee tres grandes ciudades y otros tantos fuertes con castillos muy bien guardados, en que viven poderosos y ricos señores.

Desde Boriol hasta la aldea Scova no se ve más que olivos raquíuticos y otros buenos árboles, y se cultiva allí el algarrobo, que sirve de alimento á los caballos y á las mulas, y que llaman en nuestros países *pan de cielo* ó *pan de San Juan*, del que en el desierto acaso habrá comido. Luégo dos millas á San Mateo, cuatro á Galera, una aldea, y dos hasta Tortosa, una ciudad, puerto de Cataluña, por donde pasa un gran rio (2). Del mencionado Boriol hasta Tortosa hay tierras desiertas, y sin ninguno de los árboles referidos. Despues sigue Tiwindes (3) á dos millas, donde viven sólo paganos ó sarracenos. Se pasa aquel lugar otra vez entre olivos y cereales sembrados á su sombra. La ciudad de Tortosa tiene hasta la mitad de judíos conversos y sarracenos, los cuales viven también en sus alrededores y pueblos, cultivan viñas y todos los demás productos hasta la aldea Tivisa. El referido rio (Ebro) que baña la ciudad Tortosa, viene de Castilla al Aragon, separa Cataluña de Aragon, y deja la primera de esta parte, y el Aragon de otra. De Tivisa á Moro (Mora), un castillo á tres

(1) „Die der König aus Hispania in seinem Titel führt.“

(2) El rio Ebro.

(3) Tivisa. Se advierte aquí que este viaje por Cataluña parece sufrir ciertas irregularidades. Es muy probable que las copias sean en esta parte incompletas.

(1) El 5 de Enero de 1485.

(2) Almenara.

(3) Villa Boriol.

millas, que está situado sobre el dicho río, y abajo una gran aldea habitada también por sarracenos. A tres millas sigue una ciudad, Falset, y de Tortosa hasta Valls continúa un camino elevado, pedregoso, y con las montañas muy altas. Cataluña está llena de desiertas montañas, y por esta razón se paga todo allí muy caro; los productos de lugares donde viven cristianos y algunos paganos, son escasos. Luego dos millas á una ciudad Bradis (1); una milla á Poblet con un convento en que todo abunda; á todos los que lleguen allí se les sirve vino y pan á discreción; los monjes son de la orden de San Benito.

Después seis millas hasta la ciudad de Santa Columba y seis á un monasterio Monserrah (2) llamado. En este monasterio la Virgen María hace grandes milagros, y sus monjes son también de la orden de San Benito; allí durante tres días sucesivos, dan suficiente pan y vino á todos los viajeros. El monasterio descansa sobre una montaña, y á una legua de distancia se empieza á subir hacia él de una parte, y de otra igual distancia se baja, por un mal, incómodo y pedregoso camino, como aquel del monasterio de Poblet, también fundado en una elevada montaña, y con un camino muy peñascoso.

Después siete millas de camino hasta Barcelona, capital de Cataluña. De Poblet á Barcelona, el camino atraviesa fértiles y buenas tierras, con cultivo de vinos y siembras; se ven allí de distancia en distancia hermosos castillos, ciudades y pueblos, en que los artículos de la vida con las demás necesidades se encuentran en suficiente cantidad, pero poco baratos. El día de San Antonio, lunes de 1485, llegué á Barcelona. Si se pueden encontrar hermosas mujeres en todas partes de España, por cierto las hay más aquí que en cualquier otro lugar; pocas se pintan, y parece que los tarritos de colores concluyen en esta ciudad. Barcelona no me obsequió, porque desprecia las cartas y sellos de su Rey, y me cargó más en su aduana que á cualquiera otro. Es verdad que el Virey me mandó las excusas, y la intención de procurar para que no se me exigiera en virtud de sus órdenes ningún pago; sin embargo, nada me sirvió, y me fué preciso pagar cinco florines de Rhin, y además un impuesto sobre el dinero de mis gastos. Exigir de un baron y caballero modesto en los

países amigos una imposición semejante es muy injusto, y entonces reconocí de veras que no son más que unos rústicos y judíos, porque en lugar de apreciar el honor y la delicadeza, ponen únicamente todo su cuidado en amasar grandes bienes y tesoros, con ó sin justicia, poco les importa; así es que las cartas de recomendación que me dió el señor Lupian, dirigidas á algunos nobles de aquel país, no me servían de gran cosa.

El viernes ántes de la conversión de San Pablo (1) salí de Barcelona, y á tres millas de allí llegué á un pueblo Maniolo; cerca hay un castillo del mismo nombre, en una montaña altísima. Luego, á seis millas más, sigue la ciudad de Gerona en Cataluña. En todo el camino de Barcelona hasta Gerona no se encuentran viñas; es un país alto; sus montañas en todas partes son áridas, y por esta razón se compra todo en aquella comarca más caro que en las de su vecindad. Y como los catalanes, entre todos los demás súbditos del Rey, se sirven de completa astucia y engaño, les sucede, como en la actualidad, que por castigo de Dios y para suerte del Rey (á quien no respetan, se mofan de él, le desobedecen, y no hacen caso de sus mandatos y órdenes), los campesinos de toda la Cataluña premeditan una sublevación contra los señores y caballeros, para sujetarlos de este modo á la obediencia de su soberano.

Las capitales de Cataluña y Aragón más tienen judíos conversos y sarracenos que cristianos, como en Portugal, donde las más grandes fortunas están generalmente entre las manos de los judíos bautizados. Además, los españoles expulsados, desterrados ó rechazados, hallan su refugio en Portugal, y bajo de la protección del Rey quedan libres y seguros, y no obstante el parentesco entre ambos Reyes y la Reina de Castilla ó España, de la sangre y estirpe del Rey de Portugal, están siempre espiándose para despojarse recíprocamente, sin preocupación de medios lícitos, y eso únicamente por la maldita envidia, de que ambos se distinguen entre todos los demás reyes del mundo, y además de eso, sus propios súbditos son perjuros y sin lealtad.

(Desde Gerona hasta Perpiñan, pasa nuestro caballero varios lugares (2), y luego prosigue): Este condado es una capital.

(1) El 21 de Enero de 1485.

(2) Es otra sensible laguna que tiene aquí el original.

(1) Prades, antiguo lugar abadengo en Cataluña.

(2) Monserrate.

Llegué allí el día de las Candelas (1); el Rey mantiene en aquel lugar siempre 2.000 hombres para guardarlo, como una fianza entre sus manos, que el Rey de Castilla ó España quisiera recuperar; el Rey de Francia prefiere la ciudad al pago de una deuda, y se la guarda. El condado de Perpiñan es muy productivo en vino y otras frutas. Me marché de Perpiñan un sábado (2) cuatro días después de la Purificación, y vine á una aldea seis millas distante, que llaman Allapalma, donde termina el condado de Perpiñan. (El caballero atraviesa muchos lugares, y luego viene á Tolosa.) Es un país muy fértil, dice, en todo género de granos; la gente de Francia hasta Tolosa es muy embustera, de costumbres y artificio de los catalanes, cuyo lenguaje habla casi á mitad.

Me es preciso todavía volver á Cataluña y contar una de sus costumbres. Los nobles duermen la primera noche con las novias de sus campesinos; si la mujer de un campesino tiene diez criaturas, entonces entrega una de ellas en esclavitud á su señor; y si la de primera noche abandona á su marido, éste tiene que entregar á aquél la mitad de todo su haber, lo cual no es cristiano (3).

J. LISKE.

Traducción de F. R.

(Continuará.)

LA FELICIDAD HUMANA

CUADRO DE COSTUMBRES

A Joaquina M. de V.

En la errante y angustiosa vida que las cosas del mundo me han forzado seguir, tropecé un día con un ser virtuoso y puro, fenómeno no muy común por cierto en este valle de lodo y de miseria.

Y al contemplar su noble y desinteresada

actitud, al comprender la grandeza de su espíritu, sus modestas cuanto envidiables cualidades, su religioso y noble amor á lo bueno y bello, venía á mi memoria *una leyenda* que no recuerdo cuándo, cómo ni en dónde la aprendí, pero que en momentos tristes fué más de una vez alimento de mi alma, impresionándola de tal modo, que concluyó por fijarse en ella, y reproducirse espontáneamente cuantas veces sufría con sucesos que pasaron.

Y pues ese ser eres tú, ¿qué extraño te dedique este pequeño trabajo, ni que desee conozcas una *historia* que, al consignarla en el papel é interpretarla como mi pobre inteligencia la concibe, sea al propio tiempo pequeña prueba de la cariñosa amistad que te debo, y deseo conservar á todo trance?

Que merezca tu aprobacion es á cuanto aspira quien, al publicar este trabajo, únicamente se propone aumentar con una gota más la inmensidad del océano moral del mundo.

INTRODUCCION.

El pensamiento de este cuadro de costumbres, leyenda, novela, ó lo que el lector quiera que sea, se halla encerrado en aquellos versos de Plontino, Enn. III, lib. II, que dicen:

Hombre... de qué te quejas?

De la *lucha*?... Es condicion de la victoria.

De la *injusticia*?... Eso no es nada para un inmortal.

De la *muerte*?.. La muerte es la libertad.

¡Oh! Sí, la lucha fortalece al hombre, le obliga al trabajo, y con él le hace virtuoso. Podrá ser más de una vez motivo de desgracia, pero la desgracia no es un mal; y si es sufrida con resignacion y caridad, mejora y enseña, fortifica y engrandece, es causa de bien, del *bien humano*.

¡Dichosos una y mil veces los que lloran!...

Porque de ellos será la paz en la tierra, y el reposo del Señor en el cielo.

¡La injusticia! ¡Desgraciado del que la co-

muss er dem Erbherrn die Halft aller seiner Guter einraumen, welches nicht chvistlich». Estas frases del original me parecen incompletas.

No fué cristiano á fines del siglo xv; ¿y qué diría nuestro viajero á fines del siglo xix, si encontrase las mismas costumbres casi en ciertos países de Europa, donde los nobles entregan las jóvenes campesinas á sus amigos?...

(1) El 2 de Febrero de 1485.

(2) El 5 de Febrero de 1485.

(3) El texto dice: Die Edellente schlafen die erste Nacht bei ihrer Bauern Brauten; wenn auch des Bauern Weib 10. Kindern hat, so gibt sie dem Hervn eines lei-beigen und wenn des Bauern Weib, bei welcher der Erbherr die erste Nacht geschlafen, dem Bauer entzoge.

metel Podrá aparecer justo, ó rehabilitado ante la sociedad, pero ante Dios nunca.

No olviden esto aquellos para quienes la verdadera ciencia (ciencia del mundo que en su ejercicio desconoce ó niega á Dios) consiste en engañar, dominar injustamente, ó burlarse de sus semejantes.

Las injusticias triunfantes en la tierra, y son bien pocas, como pretendemos demostrar en nuestro libro, se purgan con usura en el otro.

Ni podia ser de otra manera.

Y los que de ello se rían, lean, en confirmacion de estas verdades, uno ó todos los notables tratados que sobre la inmortalidad del alma se han escrito y conocen.

I

En un cuarto amueblado con sumo gusto hallábase una jóven examinando su prendido; de esbelta forma su bella garganta, se hallaba tan hermosa y elegantemente adornada, que Cecilia contemplaba la imágen que el espejo reflejaba, suspirando.

Sus sencillos vestidos carecian completamente de adornos; sus alhajas consistian en un broche de plata, del que pendia un collar de filigrana, y unos pendientes de la misma materia.

Era, en efecto, triste verse forzada á acudir en traje de pensionista al almuerzo del señor Domingo, al que indudablemente asistirian bellísimas y elegantes jóvenes, ricamente vestidas y adornadas.

Si consistiera en su mamá, la señora de Gil, Cecilia asistiria tan elegante como las demas, sus caprichos se verian satisfechos; pero mediaba una tia, la ridícula y terrible tia Marta, encargada por su hermano el señor Gil de la educacion y direccion de sus dos sobrinas Cecilia y Luisa y del sobrino Eduardo. Dicha señora era inflexible en materia de modas y de lujo. Las niñas nunca debian salirse con la suya.

Nunca permitió que sus dos sobrinas gastasen pendientes de diamantes, y era tal su celo en el particular, que no bien sospechaba ó veia por sí misma que los abrigos de terciopelo de las niñas podian llevar adornos, impropios de la sencillez que queria para las jóvenes, se personaba en casa de la modista, y daba sus órdenes para evitar que éstas la sorprendieran.

Lo mismo le pasaba al pobre Eduardo; y apesar de sus diez y seis años y de que á esa

edad los pollos ya deben presentarse en el mundo como conviene á su clase, y aunque la madre consentia tuviese el *landó* que deseaba y pedia vehementemente, y el padre no se oponia, la tia Marta, despues de varias conferencias borrascosas con sus hermanos, resolvió que no tendria coche, y así se lo comunicó á su sobrino Eduardo.

Preocupada Cecilia con estos y otros amargos pensamientos, se calzaba ya los guantes, cuando una doncella jóven y elegante apareció en la puerta de su gabinete.

Cecilia, que ensayaba el aparecer nerviosa, supremo esfuerzo del buen tono, volvió la cabeza rápidamente y exclamó:

—¿No he dicho á usted que nadie éntre en mi cuarto sin anunciarse primero?

—Es verdad, señorita, — contestó Fanny con acento seguro y seco, que sorprendió á Cecilia; — pero la señorita Luisa me envia para decirle que está á sus órdenes.

—¡La envia!... — dijo mentalmente Cecilia. — ¡Hablarne á mí primero!... Esa muchacha está loca, ó aquí hay algo.

Y levantó la cabeza como dispuesta á reprender á la doncella; pero ésta habia desaparecido, sin aguardar siquiera á poner la capa sobre los hombros de su señorita. Esta abrió entónces una puerta de escape que daba al cuarto de su hermana, la cual acababa su tocador en el momento de aparecer Cecilia.

—Algo extraordinario pasa en casa, — dijo Luisa.

—Tal me parece, — replicó Cecilia, moviendo gravemente la cabeza; — á poco no me responde Fanny. Le pregunté si estaba todo arreglado... y ya que Eduardo viene solo con nosotras...

—¡Ay, hija mia! Esa muchacha... casi se me ha echado á reir... «No sé; ¿no habeis visto á nadie?» es lo único que me ha contestado. Yo ni he comprendido la pregunta, ni he salido de mi cuarto, ni he almorzado, puesto que estamos invitadas en casa del señor Domingo... Y con esa pregunta enigmática me dejó cuando la mandé fuera á prevenirte que estaba á tus órdenes.

—Indudablemente algo pasa, — replicó Cecilia. — Siempre será un nuevo complot de la tia Marta. ¡Quién sabe si tratará de evitar que vayamos al almuerzo!

—¡Oh! Sería demasiado, — exclamó Luisa; — me alegraria que eso fuera...

—Pues acaso lo veas, aunque te pese. Vamos al cuarto de mamá.

Y abandonando ambas el suyo, pensaban que hacía ya días reinaba algo extraordinario en la casa; recordaron circunstancias que hasta entonces habían despreciado, y formaron castillos en el aire. El papá estaba noche y día en el escritorio; siempre le encontraban distraído, y á la mamá silenciosa; la tía Marta, con su genio vivo é intransigente, se mostraba más indulgente; pero algunas veces su fisonomía expresaba cierta indomable inflexibilidad, y otras muchas su hermano le dirigía suplicantes miradas.

Todo esto llamaba la atención de aquellas, pero sin darles luz sobre la extraordinaria situación de su casa.

Así discurrendo, atravesaron varios salones suntuosamente adornados, y Cecilia abrió la puerta que daba al salón particular de mamá.

Era un cuarto delicioso; una espesa colgadura de Lyon, seda gris llena de flores de vivísimos colores, que se plegaba majestuosamente alrededor de puertas y ventanas; cuadros preciosos, mesas de mosaico de Florencia, teteras y juegos de café de China; en la chimenea un reloj monumental, acompañado de sus correspondientes candelabros; cinco ó seis jardineras, de forma fantástica y caprichosa, contenían hermosas y olorosas flores á despecho de la estación; un magnífico tapiz de Smirna de brillantes colores, atenuados unos por otros, gracias al inimitable arte de los coloristas orientales. En fin, este salón ofrecía un aspecto que, aunque familiar á las dos niñas, aquel día les parecía más encantador que nunca.

Cecilia dirigió una mirada de vanidosa satisfacción á todos los objetos que la rodeaban, mirada que bien pudiera traducirse en estas ó parecidas ideas: «Todas las señoritas que veamos podrán aparecer más ricas y elegantemente vestidas que nosotras, gracias á la terquedad de mi tía, pero ninguna ve en casa de sus papás salones tan hermosos y elegantes como los nuestros, y áun así nos quejamos; sí, ninguno es tan rico como el rico banquero Gil».

Tía y mamá se hallaban en medio de aquel gabinete, sentadas en grandes sillones; la una leyendo el Evangelio en un gran folio de antigua y severa encuadernación; la otra envuelta en un chal oscuro, pálida y lánguida á la vez, daba señales de escalofríos apesar de la temperatura del salón.

—¿Estas mala, mamá?—preguntó Luisa.

—No, hija mía, un poco indispuesta sola-

mente; y vosotras, ¿cómo estais vestidas á estas horas?

—Es porque la señora Domingo ha mandado á Matilde para invitarnos á un almuerzo al que asistirán todas las jóvenes de nuestra edad. Será encantador, ¿verdad, mamá?

—¿Y vais á ir hoy?—preguntó la tía Marta con voz acre y fuera de tono.

—¿Y por qué no?

—Sí, sí, —replicó precipitadamente la mamá;—ahora recuerdo que he dado mi palabra... Y además, ¿por qué privar á las niñas de tan inocente placer?—añadió dirigiendo una especie de súplica á la tía.

Esta se encogió de hombros, quiso hablar, pero se levantó y se marchó.

—Pues señor... aquí hay algo que yo no comprendo,—añadió Cecilia;—había dado órden de enganchar el coche, y...

—¡Coche! —dijo la mamá con cierto abatimiento. —En efecto, ¿no os ha dicho papá...

—No le hemos visto.

—Entonces, no es extraño que ignoreis... En fin, sabedlo... ¡papá ha vendido los caballos!

—¡Vendido los caballos! —exclamaron las dos niñas á la vez.

—Sí, ha creído inútil conservarlos, puesto que nos vamos al campo á vivir.

—¿Cuándo?—preguntó Cecilia con un tono de visible desagrado. —¿Ahora? ¿En el mes de Marzo, cuando Madrid empieza á estar más animado? ¿Y los negocios de papá? ¡Oh! Mamá, eso es imposible.

—¡Imposible!... Ya lo vereis. Ahora id, hijas mías, id á divertir os.

—Si no tenemos caballos, no podemos ir... ¡Está tan lejos!

—¡Es verdad! —exclamó la señora de Gil con un tono que expresaba el abatimiento más completo.

En este momento se oyó una voz en el salón inmediato que cantaba la *donna é mobile*, voz que se iba acercando cada vez más, hasta que apareció en todo su esplendor Eduardo Gil, jovenzuelo de diez y seis años y medio, de presencia y modales tales que parecía de doble edad.

Sus cabellos, divididos cuidadosamente por una raya que iba recta y partía la cabeza en dos mitades, se hallaban rizados á cada lado en sentido inverso y horizontal; sus *foques* eran elegantísimos, sus *gemelos* estaban suspendidos de un cordón casi invisible; en una palabra, el conjunto de su traje de mañana hacía de este mozo un seductor *speci-*

ment. Al entrar alargó la mano á su mamá con aire de protectora condescendencia.

—Buenos dias, niñas,—dijo dirigiéndose á sus hermanas el jóven Eduardo *de Gil*, que así habia aumentado y corregido la ortografía paterna en sus tarjetas, uno de los resultados de todos los achaques propios de la necesidad más exagerada.

—¡Niñas!—exclamó Cecilia, llena de cólera...—Niñas!... ¿Pues el mozo qué será? ¡Justamente tiene un año más que yo!

—¡Bah!... ¡bah!... Tú no sabes lo que dices... y es natural, discurre sobre cosas que te son desconocidas. Has de saber, hermana mia, que los hombres contamos los años dobles, por efecto de la gran rapidez y varonil educacion que recibimos.

En cualquiera otra ocasion Cecilia, y aún Luisa, hubiesen aceptado la provocacion que imprudentemente les hacía su hermano, y hubiesen entrado en una discusion que á lo insignificante hubiera añadido la falta de buen gusto, de fraternidad y de buena educacion; pero en aquel momento en que necesitaban á su hermano, tuvieron buen cuidado de callar; y con esa habilidad que caracteriza á las mujeres, aún á las que sólo cuentan catorce ó quince años, las dos jóvenes, sin parecer darse por vencidas, cambiaron brusca-mente de conversacion.

—Supongo que no habrás olvidado que tienes que acompañarnos á la quinta del señor Domingo?—le dijo Cecilia.

—Soy esclavo de mi palabra,—respondió Eduardo enfáticamente.—Mucho nos hemos divertido estos tres dias. Victoriano ha adornado elegantemente su casa de campo; en ella nos reunimos una docena de amigos alegres y decidores; pero esta mañana, al despertarme, bien tarde por cierto, me dije: sensible es no poder disfrutar hoy de su compañía; pero esas niñas, con razon, si no las acompañase al almuerzo, en donde supongo beberemos manzanilla y comeremos arroz con gallo muerto... Me he sacrificado, y aquí me teneis... ¡Ah!... Me olvidaba mandar un soberbio *landó* que me proporcionaron en aquella casa... y que sería mio... pero la tia Marta no quiere que tenga coche.

—¿Pero tú no sabes?...—exclamó Cecilia.

—Mira, no le mandes y nos serviremos de él,—replicó Luisa apresuradamente.

—Yo qué he de saber si acabo de llegar... y... está muy bien,—añadió volviéndose á Luisa con cierto aire de aprobacion...—Vamos, que apesar de tu edad...

—Pues has de saber—añadió Cecilia—que papá ha vendido los caballos.

—Eso no es cierto; ¿verdad, mamá?

Esta señora contestó á su hijo con un gesto afirmativo.

—Apruebo semejante resolucion,—dijo Eduardo;—no eran muy vivos ni el color era de moda; ¡caballos pardos!... ¡color de señores de nuevo cuño!... ¡Bah! ¡bah!... Bien hecho, y... Vamos, señoritas.

Eduardo salió el primero, sus hermanas le siguieron. Entraron en el coche, y llegaron bien pronto á la puerta de la casa del señor Domingo.

II

Los tres hermanos encontraron algo extraña la recepcion de que fueron objeto. La señora Domingo, aunque atenta y fina, parecia dispensarles cierta proteccion inesperada. Su hija Matilde, rodeada de numerosos amigos, animosa y alegre, se adelantó hacia sus amigas, moviendo con cierta intencion y coquetería la cola de un vestido azul celeste con adornos de entredos y encaje de seda blanca.

—Así estaríamos vestidas nosotras si no fuera la tia Marta,—se decia Cecilia suspirando y contemplando el adorno de coral rosa que sostenia los elegantes cabellos de Matilde.

Eduardo Gil, que habia saludado á una porcion de jóvenes, tambien notó en su fisonomía cierta indiferencia que no pudo menos de causarle enojosa sensacion.

Todas las jóvenes examinaban con curiosidad á las señoritas Gil, y despues cuchicheaban en voz baja.

La situacion empezaba á ser embarazosa. Cecilia, y aún la misma Luisa, que más de una vez habian mirado con cierto despego y frialdad á varias jóvenes menos ricas, en aquel momento las encontraban más dispuestas á faltarlas que á tolerarlas.

—Creia no tendríamos el placer de veros...—exclamó por fin Matilde.

—¿Y por qué?

La señora Domingo dirigió á su hija Matilde una mirada que equivalia á una reprension.

—No sé... acaso por el tiempo... ¡Hace tan mal!

—Efectivamente, pero hemos venido en coche, mi querida Matilde, como supongo habrán venido todos.

—Sí... sí...

—El almuerzo espera,—exclamó el fondista, tipo destinado visiblemente por la naturaleza para el empleo que desempeñaba; era grueso, redondo, pequeño, de aspecto *tan comfortable* que abría las ganas de comer aún á los enfermos de gastritis.

El espléndido almuerzo duró dos horas. Después, todos los convidados pasaron al salón.

Matilde *hacía perfectamente* los honores de la casa; ejecutaba, según su mamá decía, los consejos y ejemplos que le había dado á las mil maravillas. Su amabilidad podía medirse según el grado de importancia que la fortuna ó la posición social de sus huéspedes exigía.

Formando poco á poco un gran círculo, la conversación llegó á generalizarse.

—¿Ireis á Biarritz este año, señorita?—Preguntó á Matilde un pollo elegante y almibarado.

—No lo sé, caballero; hace ya dos años que vamos, y desearía cambiar de ruta. Es muy pesado hacer todos los años un mismo viaje.

—Indudablemente, conviene cambiar de ruta alguna vez.

—Pero la pregunta es muy prematura. ¿Quién piensa en salir de la corte ahora que el teatro de la Ópera está tan brillante, Madrid tan animado! Sus paseos, sus bailes y reuniones de gran tono, sus teatros y circos...

—Es verdad,—dijo Cecilia tomando repentinamente parte en la conversación;—por eso me parece cruel tener que partir para el campo.

—¡Oh! Sí... ¿Y lo vais á hacer pronto?

—El médico ha mandado que mamá tome los aires del país.

En este momento aparecía cierta y singular sonrisa en los labios de algunas jóvenes. Cecilia se estremeció, pero continuó:

—Sin embargo, ya hace buenos días en Marzo, las violetas florecen, las hojas empiezan á brotar en los árboles, y es encantador contemplar y seguir de cerca la aparición de la hermosa Primavera.

—¡Oh! Sí, es muy poético,—contestó el insulso pollo ántes citado.

—Y ya procuraremos distraernos,—continuó Cecilia animándose un poco.—Papá nos comprará una americana que dirigiremos nosotras, montaremos á caballo y...

—¿Vais á habitar alguna casa de campo?—preguntó la más burlona de aquellas niñas.

—Sí, señorita,—respondió Eduardo, que ya

se iba cargando con las extrañas preguntas y repreguntas de que eran objeto;—cuando se pertenece á una familia muy antigua, siempre se posee algo patrimonial; vamos á la casa de nuestros padres, á la casa que heredaron mis abuelos de mis bisabuelos y éstos de sus antecesores.

—Las habitaciones estarán algo deterioradas.

—No mucho; las casas antiguas son más sólidas que las que se construyen en el día.

—A la verdad que hoy no hay nada sólido...—añadió el citado dandy sonriendo, cuya sonrisa se propagó entre los demás asistentes.

Por fin, la reunión se terminó. Eduardo y sus hermanas subieron al coche, y en él les habló de la mañana que acababan de pasar, y de la extraña manera de explicarse algunos de los convidados.

—Por supuesto que todo es envidia,—añadió Eduardo arrellanándose en un rincón del coche.

—Tal me parece. Pero ¿de qué procederá esa insistencia maliciosa?

—Quizá habrá hecho papá algún gran negocio en estos días.

—¿Así lo crees?—le preguntó Luisa expresando cierta duda.—Cuando papá hace un negocio, se le conoce enseguida; nos recibe muy contento, nos hace mil caricias...

—Antes era así, pero ahora no.

—¿Y por qué?

—¡Qué sé yo!... Acaso el negocio sea tan grande que no quiera revelarles todavía.

—¡Hum!... No me parece eso muy claro.

—Y á mí menos,—añadió Cecilia.

Eduardo no pudo evitar la risa que le causaban las dudas y vacilaciones de sus dos hermanas; y así corriendo y dudando, llegaron á su casa.

Acaso el lector se haya fijado en la libertad con que estos tres jóvenes obraban. Tenían sus relaciones y sus reuniones, y nadie al parecer les celaba... Pero suponemos no se olvidará que estamos en pleno siglo XIX, y que la ilustración y el progreso y el buen tono permiten ver eso y otras muchas cosas en el seno de algunas familias, verdaderamente desgraciadas en medio del ruido, del fausto y de la riqueza.

Conviene, pues, que ántes de continuar indiquemos, siquiera sea á la ligera, los antecedentes y la existencia actual de la familia Gil.

El señor Gil, banquero, era hijo de un pro-

pietario de Campos en Castilla. Él y su hermana Marta habían nacido en la casa propia de sus padres. No muy á gusto de su padre, Gil fué á Madrid empleado á la casa de un banquero, y en ella dió tales pruebas de talento y laboriosidad, que no sólo logró la confianza del principal, sino la proteccion de su padre, quien le confió cantidades respetables, con las que á poco tiempo llegó á darse á conocer como uno de los más hábiles, arriesgados y felices banqueros de la corte.

No tardó mucho en casarse con una jóven que le aportó gran dote; pero de hábitos y costumbres tales, que necesitaba una renta bastante mayor que la producida por dicha dote. Tenía, pues, que *hacer negocios*, aumentar el oro para satisfacer los gastos, y atender al lujo de su casa y de su cara mitad.

La manera de hacerlo no alcanzaba, y á su mujer la preocupaba poco esto. Era su misión el buen gusto en el vestir, adornar la casa, dirigir su tocador y recibir visitas.

La señora Gil carecía de cualidades positivas; en cambio poseía en abundancia cualidades negativas; no era caprichosa, nerviosa, chismosa, ni se enojaba ni se entusiasmaba fácilmente, y por lo tanto (recomendable circunstancia), no había necesidad de contentarla... No necesitaba más que su modista, su costurera y su florista, sus almacenes favoritos, su abono en el teatro, sus salidas, sus *soirées*, su coche, su elegante y rica casa.... y, sin embargo, aún llevaba una gran ventaja á otras mujeres que poseen esos y más goces, y es que los sabía apreciar con la habitual quietud de su frío y apático carácter.

Tuvo hijos, y la maternidad, sin darse cuenta de ello, le pareció una carga bastante pesada. Era buena madre, quería mucho á sus hijos, pero éstos contrariaban sus hábitos, y aún á veces sus deseos y diversiones. Su sistema de educación era especial: creía que los hijos se educaban solos, y razonaba como aquel que para probar á su padre lo inútil de sus esfuerzos, al obligarle á aprender á leer y escribir, le decía: «Cuando uno es grande, sabe leer sin necesidad de eso que haces ni de nada».

Desgraciadamente no es sola la señora de Gil la que durante su vida permanece en el período de la infancia en este particular. Es muy sensible la observacion de que muchas personas de familias ricas poseen sencillas nociones, confusas y poco juiciosas, sobre la vida y los deberes que son llamadas á desem-

peñar en ella; para dichas señoras los deberes son una fábula, el derecho lo es todo; sus placeres, sus falsos juicios las agradan más que las imperiosas necesidades de los otros. Desconociendo todo lo bueno y útil, sólo saben tomar en serio sus satisfacciones personales; suelen poseer buenos sentimientos y distinguidas cualidades, pero las hacen improductivas subordinándolas á su personalidad. No conocen la gran escuela humana, que es el sacrificio; dan, pero sin privarse ni perjudicar uno solo de sus caprichos. Las heridas causadas en su amor propio son curadas por la hábil mano de los aduladores, indispensable cortejo de la riqueza. No encontrando verdadero empleo las virtudes que poseían, ó empezaban á poseer, se han evaporado, ó han sido reemplazadas por los vicios más opuestos. Conocen la compasion en tanto que trabajos análogos las entretienen y fortifican; y por lo que se refiere á la razon, la necesidad de ejercerla es la única causa de su desarrollo; así que sin apercibirlo, y poco á poco, llegan á ser insensibles á los males de sus semejantes, imprevisoras é insufribles á sí mismas.

La señora de Gil, convencida de lo inútil que sería ocuparse de la educación de sus hijos, los dejó obrar á su placer; ni fijó más límites á su independencia que aquellos que eran de su mayor agrado; satisfecha de verlos sanos, buenos y tranquilos, ni les preguntaba, ni les exigía más.

Ocupado el señor de Gil en ganar lo que las fuertes y grandes necesidades de la casa exigían, tenía que confiar á su mujer todo lo relativo á ella y á sus hijos. Sin embargo, comprendió el abandono en que éstos vivían, y se encontró con la gran dificultad de tener bajo su techo persona que si podía considerarla como inferior por su pobreza, era preciso tratarla como á igual, dada su buena educación. Sus hijos tuvieron una aya inglesa, pagando así tributo á la moda, y después profesores que les hacían trabajar acaso más mal que bien. Ninguno se cuidaba de su instrucción ni de sus progresos.

Por esta época Gil perdió á su padre, y un año después anunció á su mujer que era preciso preparar un cuarto para su hermana Marta.

—¿Viene á pasar una temporada?

—¡Una temporada!... Sí, una temporada más ó ménos larga, según lo decida ella misma.

—Pero supongo que no se instalará en

nuestra casa,—dijo la mamá entre sobresaltada y sorprendida.

—Mucho me alegraría que accediese á mis deseos,—contestó su marido poniéndose más grave de lo de costumbre,—pues, querida Hortensia, si no pretendo atormentarte con cargos ni imponerte obligaciones que parezcan incompatibles con tu carácter, es preciso confesar que nuestra casa no está muy bien gobernada, ni nuestros hijos tan educados como fuera de desear.

—No encuentro gran diferencia—dijo la señora de Gil algo contrariada—entre mis hijos y los jóvenes de su edad. Respecto á las cuentas, ya te lo he dicho varias veces, que ni podía ni quería entretenerme en hacer y adicionar columnas de cifras, que, despues de todo, para nada sirven. Cualquiera que sea la vigilancia que se ejerza, siempre nos han de engañar. Puedes convencerte preguntando á todos los conocidos; y aún advirtiendo que la cocinera nos robe algunos reales.... eso no es nada tratándose del total de gastos en un año.

—A juzgar de ese total, siempre en aumento, bien merece que uno se ocupe de él, y no son, mi querida esposa, unicamente las cuentas menudas las que siempre van en aumento... sino tus gastos personales. Si te habituaras á llevar cuenta de ellos, acaso los disminuiras algun dia; el orden produce forzosamente la claridad; es por sí mismo un freno, y...

—Y tu hermana, segun eso, llegará á ser una especie de tutora mia, de aya, de...

—No es mi pensamiento revestirla de atribuciones que, humillándote, la rebajen á ella tambien, no por cierto; pero como nuestra casa y nuestros hijos necesitan de gran cuidado, y como mi hermana haya consagrado constantemente su existencia á la abnegacion, espero y confio que al contemplarse útil en esta casa, se quede en ella. Será para tí una amiga sincera é ilustrada; en tus cosas tomará sólo aquella parte que tú rechaces con harta pena mia... y si temes una intrusion ó usurpacion de facultades, no tomará ninguna, y si temiéndola te decides á gobernar completamente por tí misma, mejor; mas no te ocultaré que si es verdad que el buen sentido, como la sinrazon, son contagiosos, espero que has de llegar por pasos y sin gran esfuerzo á economizar algunos gastos... Me refiero á los que son inútiles... Sólo con recordar el porvenir de nuestros tres hijos te basta...

Esto era hablar mucho y bien en materia seria, y por lo tanto enojosa. Durante el discurso del marido, Hortensia habia pensado en algunas de las ventajas que podria proporcionarle la instalacion de su cuñada en la casa.

Marta era rica, económica, no muy joven para pensar en casarse; su fortuna aumentaria la de sus hijos; además, era en alto grado conveniente poseer una especie de hábil: tesorera en quien poder confiar, sobre todo tratándose de las pequeñeces de la casa que tanto la incomodaban á veces. Por último, si no convenia, siempre habia tiempo de separarse y concluir.

Así reflexionando, más que sobre lo que el marido manifestaba, la señora de Gil se tranquilizó bien pronto. De carácter ligero y alma poco impresionable para dar importancia á un asunto, fuese de la índole que quisiera, no temia la rivalidad doméstica. Ser reina de su casa, aunque fuera en apariencia, eso le bastaba. Su indolencia y frivolidad se acomodaba perfectamente al régimen constitucional que se la imponia, pues si ambicionaba reinar, le era indiferente y aún desagradable gobernar. Encontrar un ministro responsable que, encargado del trabajo, la permitiera atribuirse el resultado de sus esfuerzos era un buen negocio, y la señora de Gil se resolvió á ensayarle.

Sin embargo, y apesar de su inercia, era demasiado mujer para no hacer creer á su marido que era un sacrificio lo que consideraba un bien. Accedió, y el señor Gil, satisfecho de su docilidad, empezó á concebir halagüeñas esperanzas, y se consideró más feliz y tranquilo que nunca.

Marta habia asistido constantemente á su padre, y manejó su casa, cuidó y consoló al viejo, y dió pruebas de una energía tan rara, de una razon tan clara y de una constancia tan infatigable, que llegó á inspirar hasta veneracion. Todavía se encontraba fuerte; poseia el invencible hábito del trabajo, no tenía familia propia, la vejez podia llegar... y los que no son egoistas saben cuán triste y penoso es el aislamiento, desgracia que supone, no sólo la privacion de afectos, sino desesperada inutilidad de las generosas facultades que se posean.

Marta vivia tranquila en la casa de sus padres. Allí fué consultada por su hermano en los antedichos proyectos, cosa que la sorprendió sobremanera, puesto que éste nunca se acordaba de ella. Por otra parte, amaba su

casa, el campo, sus costumbres, sus olores, sus vecinos, hasta los aldeanos á quienes con frecuencia daba un consejo ó un eficaz socorro, segun lo exigian las circunstancias de su vida.

Al pronto contestó á su hermano que la única dicha que podia esperar despues que la juventud habia pasado, era la de vivir donde siempre habia vivido, rodeada de los mismos objetos y de las mismas fisonomías de siempre; pero las súplicas se repitieron: lo que habia sido indicado de una manera vaga se precisó, y por último, cuando su hermano le describió el desorden de su casa y la singular y extraña educacion que sus hijos recibian, cuando le dijo «ven, tengo necesidad de tí», Marta no dudó.

Hizo el mayor sacrificio que podia hacer; confió la direccion de su hacienda al colono más antiguo, arregló su casa, cerró la puerta, y partió... sin pensar en lo que detras dejaba.

En circunstancias dadas, el valor se modifica por la prudencia. No siempre los más temerarios son los más valientes, pues los primeros se exponen á derrotas que los segundos tratan siempre de evitar.

Marta ni conocia el carácter de su cuñada, ni sabia á punto fijo el destino que iba á desempeñar. Esto la molestaba, y para evitar el disgusto que iba á producir á los suyos, publicó que iba á realizar un corto viaje.

D. ALCALDE PRIETO.

(Continuará.)

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro cuarto.

CAPÍTULO PRIMERO.

Laertes estabase pensativo, recostado en la ventana, y miraba el campo. Filina atravesó callandito el gran salon, se apoyó en su amigo, y le hizo burla por su aire grave.

—No te rias, le respondió él; es horroroso cómo pasa el tiempo, cómo todo cambia y concluye. Mira: allí se levantaba hace algu-

nos dias un hermoso campamento. ¡Qué aspecto más risueño tenian las tiendas! ¡Qué animacion habia en su interior! ¡Con qué actividad se vigilaba todo el canton! Y ahora todo eso ha desaparecido como por encanto. Durante algun tiempo, la paja pisoteada y los agujeros ahondados para las cocinas indicarán todavía su huella; despues el arado destruirá esos últimos vestigios, y la presencia en esta comarca de millares de valientes no será ya más que un recuerdo vago en la cabeza de algunos viejos.

Filina se puso á cantar y sacó á su amigo al salon para hacerle bailar.

—Puesto que no podemos coger al tiempo una vez pasado, honrémosle al ménos alegre y gentilmente mientras pasa, cual á bella divinidad.

Apénas habian dado algunas vueltas, cuando la señora de Melina atravesó el salon. Filina tuvo la malicia de invitarla á bailar y recordarle de esta manera la mala figura que hacia en estado de embarazo.

—Si pudiera, exclamó Filina cuando ella volvió la espalda, nunca más ver á mujer en situacion de esperar...

—Sin embargo, espera, dijo Laertes.

—¡Pero qué mal cae eso! ¿Has visto los pliegues que forma por delante su vestido, ya demasiado corto, y que se pasean como exploradores cuando anda? No tiene ni la habilidad ni el gusto de arreglarse algo y disimular su estado.

—Déjala en paz, dijo Laertes; ya vendrá el tiempo en su ayuda.

—Más agradable sería, exclamó Filina, si no costara más que sacudir los árboles para hacer caer de ellos á los chicos.

El baron entró y les dirigió algunas palabras amistosas de parte de los condes, que habian partido muy de mañana, y les hizo algunos regalos. Despues se fué en busca de Guillermo, que estaba ocupado con Linda en el aposento inmediato. La niña se habia mostrado muy solícita y muy amistosa, habia pedido á Guillermo noticias de sus hermanos, lo que le habia recordado que estaba en el deber de dar noticias suyas á sus parientes.

Al trasmitirle los adioses de sus señorías, el baron le dió la seguridad de que el conde habia quedado muy contento de él, de su juego escénico, de sus trabajos poéticos y del trabajo que se habia tomado por el teatro. En prueba de estos sentimientos sacó una bolsa, cuyo rico tejido dejaba entrelucir los brillantes colores de las monedas de oro nue-

vas. Guillermo retrocedió un paso y rehusaba la bolsa.

—No considereis este regalo, dijo el baron, sino como un resarcimiento de vuestro tiempo, como una indemnizacion de vuestros trabajos, y no como la recompensa de vuestro talento. Si el talento nos procura un nombre honroso y el afecto de los hombres, justo es que nuestros trabajos y nuestros esfuerzos nos suministren los medios de satisfacer nuestras necesidades, porque no somos espíritus puros. Si estuviéramos en la ciudad, donde uno encuentra cuanto quiere, esta pequeña suma se hubiera convertido en un reloj, en un anillo ó en alguna cosa análoga. Os entrego directamente la varita mágica; compraos con esto la alhaja que os sea más agradable y más útil, y guardadla en recuerdo nuestro. Pero tened esta bolsa en grande estima. Las damas la han bordado por sí mismas, y su intencion ha sido daros, gracias al continente, la forma más agradable al contenido.

—Dispensad, respondió Guillermo, mi perplejidad y mi indecision en aceptar ese presente; reduce á la nada, por así decir, lo poco que he hecho, y traba un recuerdo feliz. El dinero es una cosa buena cuando se quiere romper con alguno, y yo quisiera no haber concluido con el recuerdo de vuestra casa.

—No es éste el caso, replicó el baron, pero, puesto que sois tan delicado, no querreis que el conde pueda considerarse como deudor vuestro; es un hombre que estima su mayor honra en ser justo y atento. Sabe perfectamente el trabajo que os habeis tomado, y que habeis consagrado todo vuestro tiempo á poner en ejecucion sus planes; sabe que, para acelerar ciertos preparativos, no habeis escatimado vuestro propio dinero. ¿Cómo me atreveré yo á presentarme ante él si no puedo darle la seguridad de que el testimonio de su reconocimiento os ha sido agradable?

—Si no tuviera que pensar más que en mí, si no siguiera más que mis propios sentimientos, me permitiría rehusar obstinadamente y contra todo este regalo, por rico y honroso que sea; pero no os ocultaré que si me pone en un brete, me saca al mismo tiempo de un apuro en que me hallaba respecto de mis parientes, y que me ha causado muchos pesares secretos. No he empleado mejor el dinero de que tengo que dar cuenta que el tiempo; hoy la generosidad me permite dar á mis padres la noticia de la dicha á que me ha conducido este singular rodeo.

TOMO XIV.

Sacrifico á un deber sagrado la delicadeza, que en parecidas circunstancias nos contiene, semejante á tierna conciencia, y para reaparecer con seguridad ante los ojos de mi padre, me resigno á ruborizarme ante los vuestros.

—Es extraño, replicó el baron, el extraordinario escrúpulo que se hace para recibir dinero de amigos y de protectores, de quienes se aceptaria con alegría y reconocimiento cualesquiera otro regalo. La naturaleza humana no está escasa de singularidades semejantes: gusta de crear y alimentar escrúpulos de este género.

—¿No sucede lo mismo con todos los puntos de honor? preguntó Guillermo.

—Cierto, respondió el baron, y tambien con otras preocupaciones; no queremos extirparlas por miedo de arrancar al mismo tiempo alguna planta preciosa; pero me regocijo cuando veo algunas personas sentir que existen cosas sobre las cuales se puede y se debe colocarse, y me acuerdo siempre con gusto de la historia de aquel poeta de talento que habia hecho para el teatro de la corte algunas obras que habian obtenido la aprobacion del soberano. «Quiero recompensarle ricamente», dijo el generoso principe. Le preguntaron si una alhaja le agradaria, ó si no tendria escrúpulo en aceptar dinero. El poeta, bromista por naturaleza, respondió al chambelan encargado de la comision: «Os doy gracias de todo corazon por vuestra buena idea, y como el emperador toma dinero de nosotros todos los dias, no veo el por qué me avergonzaria yo de aceptar el dinero suyo».

Apénas salió el baron del aposento, Guillermo se puso á contar la suma que llegaba de una manera tan inesperada, y en su opinion, tan inmerecida. El valor y la dignidad del oro, que no llega á sernos sensible más que en la edad madura, pareció presentarle como un presentimiento, cuando vió rodar de su linda bolsa las hermosas monedas brillantes. Hizo su cuenta y le resultó, comprendiendo en ella el reembolso que Melina le habia prometido efectuar *incontinenti*, que tenía en caja tanto, si no más, que el dia en que Filina le habia mandado á pedir el primer ramillete. Consideraba su talento con una satisfaccion íntima, y con ligero orgullo la dicha que le habia guiado y acompañado. Cogió la pluma con confianza para escribir una carta que sacase á su familia de toda inquietud, y presentara bajo el mejor aspecto la conducta que habia observado hasta este

momento. Evitó el dar detalles, y envolvió en expresiones majestuosas y misteriosas el relato de lo que le había sucedido. El buen estado de su caja, las ganancias que debía á su talento, el favor de los grandes, la amistad de las mujeres, la extension del círculo de sus conocimientos, el perfeccionamiento de sus facultades físicas y morales, sus esperanzas para el porvenir, formaban un tan extraño miraje, que la misma Fata Morgana no lo hubiera compuesto más maravilloso.

Dominado por esta feliz exaltacion, prosiguió en si mismo, luégo que hubo cerrado su carta, un largo monólogo en el que recapitulaba el contenido de su misiva y se trazaba un porvenir lleno de actividad y de honra. El ejemplo de tantos nobles guerreros le había inflamado, la poesía de Shakspeare le había abierto un nuevo mundo, y un ardor indescriptible habíasele comunicado por los labios de la bella condesa, Todo aquello no podía, no debía quedar sin efecto.

El escudero se presentó y preguntó si estaban ya hechos los baules. Desgraciadamente, nadie, excepto Melina, había pensado aún en ello, y era preciso levantar el campo prontamente. El conde había prometido transportar á la compañía á algunas jornadas de allí; los caballos estaban prontos, y no podían prescindir de ellos por más tiempo. Guillermo pidió su baul: la señora de Melina se lo había apropiado para su uso; reclamó su dinero: el Sr. Melina lo había guardado cuidadosamente en el fondo de su gran caja.

Filina le dijo: «Aún tengo sitio en el mio». Y en él metió los vestidos de Guillermo, ordenando á Linda que llevara lo demas. Guillermo, bien á pesar suyo, tuvo que aceptar este arreglo.

Mientras embalaban y hacían los preparativos, Melina dijo:

—Me disgusta el ver que viajemos como bailarines de cuerda y charlatanes; desearia que Linda se pusiera vestidos de mujer, y que el arpista se quitara pronto la barba.

Linda se estrechó contra Guillermo, y le dijo con viveza:

—¡Soy tu hija; no quiero ser niña!

El anciano se calló, y Filina hizo algunas observaciones burlonas acerca de la originalidad del conde, su protector.

—Si el arpista se corta la barba, dijo ella, es preciso que la cosa cuidadosamente á una cinta, y que la guarde para ponérsela si por casualidad se encuentra al conde en alguna parte del mundo; pues esa barba es la

que le ha conquistado el favor de ese señor.

Como la instaron á que diera detalles acerca de esta singular revelacion, lo explicó de la manera siguiente:

—El conde cree que la ilusion gana mucho cuando el actor continúa su papel y sostiene su personaje en la vida habitual; por eso estimaba tanto al pedante, y hallaba muy juicioso por parte del arpista el que llevara su barba postiza, no solamente por la noche en la escena, sino tambien durante el dia: el aire natural de este disfraz le gustaba mucho.

Mientras que los demas se burlaban de este error y de las ideas singulares del conde, el arpista llevó aparte á Guillermo, se despidió de él y le rogó, con las lágrimas en los ojos, que le dejase partir en aquel instante. Guillermo procuró disuadirle, y le aseguró que le defenderia contra todos, que no le tocarian á un pelo de su barba, y mucho ménos pasarian por ella la navaja de afeitar si él se oponia á ello.

El anciano estaba muy conmovido; un fuego extraño brillaba en sus ojos.

—No es eso lo que de aquí me arroja, exclamó; hace mucho tiempo que me reprocho secretamente el permanecer junto á vos. Yo no deberia detenerme en ninguna parte, porque la desgracia me persigue y hiere á aquellos que á mi se asocian. Debeis temerlo todo si no me dejais partir; pero no me interroguéis; no me pertenezco, no puedo quedarme.

—¿A quién, pues, perteneces? ¿Quién puede ejercer sobre tí semejante imperio?

—Amo, abandonadme á mi horrible destino y devolvedme la libertad. La venganza que me persigue no es de un juez terrestre; obedezco á una fatalidad implacable; no puedo ni debo quedarme.

—Yo no puedo abandonarte en el estado en que te veo.

—La duda sería una traicion, ¡oh mi bienhechor! Estoy en seguridad á vuestro lado, pero vos peligráis. No sabeis á quién llevais con vos; soy culpable, pero más desgraciado que culpable. Mi presencia ahuyenta la dicha, y una buena accion es infructuosa cuando á ella estoy asociado. Deberia andar fugitivo y errante, para que mi genio malo no pudiera alcanzarme; porque no me sigue sino lentamente, y no desaparece sino en el momento en que apoyo mi cabeza para dormirme. No puedo demostraros mejor mi reconocimiento que abandonándoos.

—¡Hombre extraordinario! Tú no puedes ya quitarme mi confianza en tí, como tampoco

la esperanza de verte dichoso. No quiero penetrar los secretos de tu superstición; pero si vives con el temor de presagios y de desenlaces extraordinarios, yo te diré, para consolarte y para animarte: ¡Asóciate á mi dicha, y veremos cuál de los dos es más fuerte, si tu negro ó mi blanco genio!

Guillermo aprovechó esta ocasión para decirle muchas cosas consoladoras; porque desde hacía algún tiempo ya había creído reconocer en su compañero á un hombre sobre el cual el azar ó la Providencia habían arrojado el peso de un gran crimen, cuyo remordimiento arrastraba consigo por todas partes. Pocos días ántes, Guillermo había escuchado sus cantos y en ellos notado este pasaje:

Para él el resplandor del sol naciente colora
De llamas el puro horizonte;
Y sobre su cabeza criminal se hace
Pedazos el bello edificio del universo.

Por más que dijo el anciano, Guillermo tenía siempre un argumento más fuerte que oponerle; le hizo ver cada cosa por su lado bueno, y habló con tanta persuasión, tanto sentimiento, de una manera tan consoladora, que el anciano pareció renacer y renunciar á su arranque.

CAPÍTULO II.

Melina esperaba establecerse con su compañía en una ciudad pequeña, pero bien habitada. Pronto llegaron al sitio adonde debían trasportarles los caballos del conde, y tuvieron que buscar otros caballos y otros coches para continuar su camino. Melina se había encargado del transporte, y se mostraba muy parsimonioso, según su costumbre. En revancha, Guillermo sentía en sus bolsillos los bellos ducados de la condesa, que se creía muy en derecho de gastar alegremente, olvidando demasiado pronto que los había comprendido pomposamente en el balance que había dirigido á sus parientes.

Su amigo Shakspeare, á quien alegre reconocía por padrino, lo cual le hacía tanto más querido su nombre de Guillermo, le había dado á conocer un príncipe que vive por espacio de algún tiempo en bastante mala compañía, y que, apesar de su noble estirpe diviértele la rudeza, la grosería y la necedad de sus materiales camaradas. Este ideal le sonreía, porque podía compararle á su estado actual y facilitábale por extremo el ha-

cerse ilusión, sentimiento por el cual sentía una inclinación casi irresistible.

Empezó por pensar en su vestimenta. Pensó que una chaqueta, sobre la cual se echa caso necesario una capa corta, es el vestido que mejor cuadra á un viajero; largas calzas de tricot y un par de botines parecieronle el verdadero uniforme de un peaton; despues se compró una hermosa faja de seda que se rodeó al cuerpo, bajo pretexto de abrigarse; libertó á su garganta de la esclavitud de la corbata, é hizo fijar á su camisa algunas bandas de muselina bastante anchas y colgantes que tenían enteramente el aspecto de las antiguas valonas. La hermosa corbata de seda, recuerdo salvado cuando su separación de Mariana, caía, descuidadamente anudada, bajo el cuello de muselina; un sombrero redondo con una cinta de colores y gran pluma completaban el disfraz.

Las mujeres aseguraron que aquel traje le sentaba perfectamente. Filina se confesó encantada y le pidió sus hermosos cabellos, que él había cortado inhumanamente para asemejarse más aún á su ideal de naturalidad. Ella se granjeó de este modo su afecto, y nuestro amigo, que por sus liberalidades había adquirido el derecho de obrar con la compañía á la manera del príncipe Harry, muy luégo se aficionó también á fomentar y animar infinitas locuras: esgrimían, bailaban, inventaban toda clase de juegos; en su franca alegría, bebían en gran cantidad el vino pasadero que conseguían procurarse, y á través de esta existencia desordenada Filina espiaba al héroe desdeñoso, sobre el cual su buen genio necesitaba velar de cerca.

La diversion favorita y el principal recreo de los comediantes consistía en representar una comedia extemporánea, en la que imitaban y falsificaban á sus protectores y bienhechores de la víspera. Algunos habían observado perfectamente la singularidad de porte de diferentes altos personajes, y esta imitación era recibida con entusiasmo por el resto de la compañía. Filina había sacado de los archivos secretos de su experiencia algunas extrañas declaraciones de amor que le habían sido dirigidas; entónces las risas y las observaciones maliciosas no concluían.

Guillermo vituperó su ingrátitud; pero ellos replicaron que bien habían ganado lo que recibieran en aquella casa, y que por lo demás, no se habían comportado de la mejor manera para con gentes de mérito tales como ellos; quejábanse de los pocos miramien-

tos que se les habían tenido, y de la frescura con que les habían relegado á último lugar. La mofa, las chocarrerías y las imitaciones recomenzaban, y cada vez se hacían más amargas é injustas.

—Desearía, dijo entonces Guillermo, que ni la envidia ni el amor propio se trasparentaran á través de vuestras palabras, y que considerárais á esas personas y su posición bajo su verdadero punto de vista. Es una cosa muy particular estar colocado por su nacimiento en un rango elevado en la sociedad humana. Aquel á quien un rico matrimonio hace todo fácil; aquel que, si así puedo expresarme, se halla rodeado desde su infancia de todos los accesorios de la existencia, se acostumbra casi siempre á considerar esos bienes como los primeros y los más indispensables de todos; conoce ménos claramente el valor de una personalidad bien dotada por la naturaleza. Las maneras de conducirse de los grandes para con los pequeños y para con sus iguales están en relación con los medios exteriores; éstos permiten á cada uno hacer valer su título, su empleo, su vestido, sus trenes, todo, excepto sus méritos.

La reunión aplaudió con trasporte. Juzgaban horrible que el hombre de mérito esté siempre obligado á quedarse atrás, y que en el gran mundo nunca se halla señal de relaciones naturales y sinceras. Hicieron mil y mil reflexiones, acerca de este último punto principalmente.

—No les vitupereis por ello, exclamó Guillermo; ántes bien compadecedles, porque muy raramente experimentan la sensación neta de esa felicidad que nosotros consideramos como la más elevada, y que se extrae del más íntimo tesoro de la naturaleza. A nosotros solos, pobres gentes que poseemos poco ó nada, es dado gustar en amplia medida de los goces de la amistad. Aquellos á quienes amamos, no podemos ni elevarlos por nuestra gracia, ni hacerles adelantar por nuestro favor, ni enriquecerlos con nuestros presentes: no tenemos más que el nosotros mismos. Este nosotros mismos debemos entregárselo por entero, y si tiene algún valor, aseguramos este bien para siempre á nuestro amigo. ¡Qué goce, qué felicidad para aquél que da, y para aquél que recibe! ¡En qué estado divino nos coloca la felicidad! Da á la vida efímera una confianza celestial, constituye el capital de nuestra riqueza.

Linda se acercó á estas palabras; le rodeó

con sus brazos delicados, y apoyó su cabecita en el corazón de su amigo. Él puso la mano sobre la cabeza de la niña, y continuó:

—¡Qué fácil es á un grande ganarnos á él! ¡Con qué facilidad se atrae los corazones! Maneras amables, desembarazadas, ó aun sólo humanas, hacen milagros; ¡y cuántos medios hay de retener á aquellos á quienes una vez ha atraído á sí! Para nosotros es más raro, más difícil. ¡Y cuán natural es entonces que tengamos en grande estima aquello que recibimos y aquello que damos! ¡Qué de ejemplos conmovedores de criados fieles que se han sacrificado por sus amos! ¡Qué bien ha pintado Shakspeare esto! En este caso la fidelidad es el esfuerzo de un alma noble para igualarse á otra más grande que ella. Por su amor y su adhesión invariable, el servidor se iguala á su amo, que, sin esto, está autorizado para sólo considerarle como á esclavo asalariado. Sí; estas virtudes sólo son para los pequeños; no pueden prescindir de ellas, son su más bello adorno. Aquel que puede rescatarse fácilmente, es arrastrado con igual facilidad á dispensarse del reconocimiento! En este sentido, creo poder afirmar que un grande bien puede tener amigos, pero no puede ser amigo.

Linda se apretaba siempre á él.

—Eso está bien, respondió uno de la compañía; no tenemos necesidad de su amistad, y nunca la hemos implorado. Solamente que aquellos que quieren proteger las artes, deberían al ménos ser más inteligentes en ellas. Cuando mejor hemos representado, nadie nos ha escuchado; todo era pura cábala. Este, que era el favorito, agradaba, y estotro, que merecía más serlo, no era el favorito. Era intolerable el ver cuál la necedad y el mal gusto atraían su atención y sus aplausos.

—Si excluyo, respondió Guillermo, aquello que puede achacarse á la ironía y á la malignidad, encuentro que sucede en el arte como en la vida. ¿Cómo puede el hombre de mundo, con su existencia desordenada, conservar el fervor de que debe animar siempre al artista cuando quiere producir alguna cosa completa, y que no debe ser extraño á quien quiere prestar á la obra el interés que pide y que espera el artista? Creedme, amigos míos, sucede con el talento como con la virtud; es preciso amarlos por sí mismos, ó bien renunciar á ellos enteramente; y sin embargo, los dos sólo son reconocidos y recompensados cuando se puede practicarlos

en secreto, como un peligroso misterio.

—Y en la espera de que un inteligente nos descubra, puedo uno morir de hambre, dijo una voz que salió de un rincón.

—Poco á poco, exclamó Guillermo. Yo mismo lo he observado: en tanto que un hombre vive y se agita, halla siempre su subsistencia, que no es, á la verdad, al principio de las más abundantes. ¿Y de qué os quejais, pues? ¿No hemos sido bien acogidos y bien albergados de improviso, en el momento en que todo andaba de la peor manera para nosotros? Y ahora, cuando aún no estamos faltos de nada, ¿tenemos pensamientos de hacer alguna cosa para ejercitarnos ó para perfeccionarnos? Ocupámonos de asuntos extraños, y semejantes á los escolares, alejamos todo aquello que puede recordarnos nuestra lección.

—En efecto, exclamó Filina, es inexcusable. Elijamos una obra, y representémosla en el acto; cada uno hará lo mejor que pudiere, como si tuviera ante sí el más augusto auditorio.

No deliberaron largo tiempo; eligieron la obra: era uno de esos dramas que obtenían en esta época el mayor éxito en Alemania, y que ahora están completamente olvidados. Algunos entre ellos silbaron una overtura, con lo que cada uno se identificó con el espíritu de su papel; se empezó, se representó la obra con el mayor cuidado, mucho mejor de lo que se creían. Aplaudíanse recíprocamente; raramente habían trabajado tan bien.

Cuando acabaron, sintieron una satisfacción extremada, parte por haber empleado bien su tiempo, parte porque todos tenían derecho á estar contentos de sí mismos. Guillermo los cumplimentó largamente, y la conversacion empezó de nuevo, más viva y más alegre todavía.

—Ya veríais, exclamó nuestro amigo, cuánto adelantariamos si continuásemos de esta manera nuestros ejercicios, sin contentarnos exclusivamente con aprender de memoria, ensayar y representar mecánicamente, por obligacion y oficio. ¡Cuántos elogios merecen los músicos, cuánta satisfaccion se procuran á sí propios, cuando hacen sus ejercicios en comun! Están obligados á acordar sus instrumentos, á seguir exactamente el compás. ¡Con qué delicadeza saben reforzar ó debilitar el sonido! Ninguno procura, durante el solo de uno de sus camaradas, distinguirse exagerando su acompañamiento. Todos se esfuerzan por ejecutar dentro del

espíritu y la intencion del compositor, y en interpretar cuanto mejor puedan su parte, sea ó no importante. ¿No deberíamos trabajar con la misma precision y la misma inteligencia, nosotros que practicamos un arte mucho más delicado que cualquiera música, puesto que estamos llamados á representar con gracia y gusto las más comunes y las más raras expresiones de la existencia humana? Nuestro mayor placer y nuestra mayor felicidad debieran ser el ponernos de acuerdo para agradarnos recíprocamente, y en no estimar los aplausos del público sino en tanto que nos los hubiéramos garantido, por así decirlo, entre nosotros. ¿Por qué el director de orquesta está más seguro de la suya, que el director lo está de su drama? Porque allí cada uno tendrá que avergonzarse de su falta, que hiere el oído exterior. ¡Pero qué raramente he visto á un actor acusarse á sí propio y avergonzarse de una falta, perdonable ó no, que hiere tan vivamente el oído interior! Quisiera que el teatro fuera estrecho como la cuerda de un funámbulo, á fin de que ningun torpe se arriesgara en él, mientras que ahora todo el mundo se siente con bastante aptitud para venir á hacer alarde.

Los actores acogieron bien este apóstrofe, estando cada cual persuadido de que no se trataba de él, puesto que hacía un momento que acababa de distinguirse al lado de los demás. Convinieron en que durante este viaje, y aún despues, si permanecían reunidos, se mantendría el uso de los ejercicios en comun bajo el espíritu que los había establecido. Pretendióse solamente que, siendo puramente asunto de buena voluntad y de iniciativa, el director no debía mezclarse absolutamente en ello. Se admitió como demostrado que entre gentes honradas la forma republicana es la mejor; se decidió que el empleo de director debía pasar de mano en mano, que éste sería elegido por toda la compañía, y que asociarian á él una especie de pequeño senado. Tan empapados se hallaban en su proyecto, que quisieron ponerle desde luego en ejecucion.

—Nada tengo que objetar, dijo Melina; si os conviene hacer una tentativa de este género durante el viaje, suspendo mi autoridad directorial hasta tanto que estemos establecidos fijamente.

Contaba aprovecharse de esto para hacer economías, y poner muchos gastos á cargo de la pequeña república ó del director inte-

rino. Se discutió enseguida con calor acerca de la mejor forma que se daría al nuevo estado.

—Es un imperio nómada, dijo Laertes; al ménos no tendremos dificultades para nuestras fronteras.

Pusieron al punto manos á la obra, y Guillermo fué elegido primer director. Constituyóse el senado: las mujeres tuvieron en él voz y voto; propusieronse, rechazáronse y fueron aprobadas leyes. Trascurre el tiempo insensiblemente en estos entretenimientos, y como pasaba agradablemente, se creyó haber hecho algo verdaderamente útil, y bajo esta nueva forma abierto nuevos horizontes al teatro nacional.

CAPÍTULO III.

En tan buena disposición la sociedad, creyó Guillermo poder también ocuparse en ella del mérito poético de las obras.

—No basta, dijo al reunirse al día siguiente con sus compañeros, que el actor lea superficialmente una pieza, la juzgue por la primera impresión y la declare con anterioridad á todo ensayo de su gusto ó contra su gusto. Esto es permitido sólo al espectador que quiere ser conmovido ó interesado, pero que no está llamado á juzgar. El actor, por el contrario, debe emitir opinión sobre ella y razonar su censura ó su aprobación. ¿Y cómo hacerlo si no ha penetrado en el espíritu y en los fines que el autor se haya propuesto? Yo mismo en estos últimos días he tenido ocasión de apreciar cuán grave falta es juzgar de una obra por uno solo de sus papeles, y no considerar el papel con relación á la obra, sino en sí mismo; y tanto lo he apreciado, que voy á citaros un ejemplo si os dignais escucharme atentamente.

Conocéis ya el incomparable *Hamlet* de Shakspeare por la lectura que tanto placer os causó en el castillo. Había propósito decidido de representarle, y yo me había encargado, sin saber lo que hacía, del papel del Príncipe; creía estudiarle aprendiendo con ardor veheméntísimo los pasajes principales, los monólogos y las situaciones donde el vigor del alma, la elevación del pensamiento y la pasión se desbordan, donde el alma conmovida se expresa con frases patéticas. Creía penetrar en el espíritu del papel abrumándome con el peso de su profunda melancolía, é intentado bajo esta impresión perseguir mi modelo por enmedio del extraño laberinto de sus

extravagancias ó irregularidades. Así aprendía, así estudiaba, y de este modo imaginaba identificarme por completo con el héroe.

Pero á medida que adelantaba en el estudio, mayores dificultades encontraba para formar idea completa de todo. Leí entonces la obra de una vez: aún entonces encontré inadmisibles muchas cosas; ya eran los caracteres, ya el lenguaje, los que se contradecían; así que desesperaba de hallar el tono que convenía al papel, si había de reflejar al interpretar sus derivaciones y sus matices. Largo tiempo anduve por este confuso laberinto, hasta que al fin creí llegado el momento de alcanzar mi objeto por un camino completamente diferente.

Busqué todos los rasgos del carácter de Hamlet durante su juventud, ántes de la muerte de su padre: observé cómo, independientemente de esta triste circunstancia, extraña á los espantosos acontecimientos que son su consecuencia, se había comportado aquel interesante jóven, y qué hubiera sido de él sin esta desgracia.

La flor real, tan tierna y de tan noble raza, crecía bajo la influencia inmediata de la majestad: la idea del derecho y de la dignidad soberana, el sentimiento del bien y de la equidad, la conciencia de su alto origen, desarrollábanse simultáneamente en él. Era un príncipe: había nacido príncipe, y deseaba reinar sólo para que el hombre de bien estuviera en libertad de ser bueno. De exterior agradable, naturaleza delicada y corazón compasivo, debía llegar á ser el modelo de la juventud y delicia del mundo.

Su pasión dominante, su amor por Ofelia era un secreto presentimiento de las más dulces necesidades; su gusto por los ejercicios caballerescos no era innato en él, y necesitaba el acicate del elogio prodigado al rival. Puro como era, comprendía la lealtad y sabía apreciar la calma de que disfrutaba un corazón sincero en el seno de un amigo. Había llegado á apreciar y reconocer hasta cierto punto lo bueno y lo bello en las ciencias y las artes; repugnábale el mal gusto, y en alma tan delicada como la suya no podía germinar el odio: lo tenía, sí, en alto grado para despreciar los falsos y mudables cortesanos, con quienes no transigia. Suelto en sus modales, sencillo en su conducta, no abusaba del ocio, pero tampoco buscaba el trabajo. Parecía continuar en la corte la existencia poco laboriosa de la universidad. Olvidaba y perdonaba una ofensa, pero le

era imposible estar conforme con cualquiera que pasara los límites de lo justo, de lo bueno y de lo conveniente.

Leamos de nuevo la obra, y podreis juzgar si estoy ó no en lo cierto. Cuando ménos, espero que muchos de sus pasajes habrán de hacer justicia á mi opinion.

Aplaudióse frenéticamente esta pintura, y se creyó prever que en adelante quedaria perfectamente explicada la conducta de Hamlet. Aprecióse cual corresponde esta manera de identificarse con el autor, y cada cual hizo promesa de estudiar en este sentido las obras, para desarrollar el pensamiento del escritor.

CAPÍTULO IV.

Aunque la compañía permaneció pocos dias en aquel lugar, no faltaron por esto á sus individuos algunas aventuras agradables. Laertes sobre todo se entregó á las seducciones de una señora que poseia bienes en los alrededores, pero hubo de portarse con tal frialdad y con tanta grosería á la vez con ella, que su conducta fué objeto de sangrientas burlas de parte de Filina. Esta aprovechó la ocasion para referir á nuestro amigo la desdichada historia de amor que habia hecho á este pobre hombre tan enemigo del sexo femenino.

—¿Cómo, exclamó, no odiar un sexo que tan mal le ha tratado, y que le ha hecho apurar como un licor concentrado todos los males que los hombres pueden esperar de la mujer? Imaginaos que en el espacio de veinticuatro horas ha sido amante, novio, marido, burlado, herido y deshonorado. No creo que haya mayor desgracia.

Laertes salió de la habitacion entre risueño y enojado, y Filina prosiguió la historia con su gracia habitual.

—Laertes, jóven de diez y ocho años, á poco tiempo de incorporarse á una compañía de teatro, habia encontrado una encantadora niña de catorce años, que se disponia á partir con su padre, el cual acababa de reñir con el director. Súbito enamoróse perdidamente de ella, suplicó al padre que se quedara, y prometió casarse con la niña. Despues de algunas dulces horas de esponsales, habiase casado, y pasó una noche feliz; pero desde el dia siguiente, mientras que él estaba en el ensayo, su mujèr, rindiéndole los honores debidos á su rango, le adornaba con un par de cuernos; y como, en su demasiado viva

ternura, hubiera él vuelto demasiado pronto á casa, halló ocupado su puesto por un antiguo amante. Ciego por la pasion, habia puesto mano á la espada, provocando al amante y al padre, y salió del paso con una herida bastante grave. El padre y la hija habíanse marchado por la noche, y el pobre muchacho quedó allí con una herida doble. Su desgracia le hizo caer en manos del más torpe de los cirujanos, y salió de esta aventura con los dientes negros y los ojos legañosos.

Es de sentir, pues por lo demas es el mejor muchacho que hay bajo la capa del cielo. Pero lo que me apesadumbra, es que el pobre loco aborrece ahora á las mujeres; porque ¿cómo puede querer quien á las mujeres aborrece?

Melina les interrumpió viniendo á anunciarles que los trasportes estaban organizados, y que volverian á ponerse en camino al dia siguiente temprano. Sometióles las disposiciones que habia tomado para los coches.

—Si un buen amigo quiere llevarme sobre sus rodillas, no me quejaré de que el coche sea estrecho y miserable; por lo demas, todo eso me es igual.

—Eso no importa, dijo Laertes, que entró en este momento.

—¡Es desagradable! exclamó Guillermo, precipitándose por la puerta.

Halló él por su dinero un coche muy cómodo que Melina habia dejado. Modificaron la reparticion, y regocijábanse de poder viajar con comodidad, cuando se difundió la noticia de que un cuerpo franco, del que nada bueno se aseguraba, se habia dejado ver en el camino que debian seguir.

En la ciudad sentíase mucha inquietud por esta noticia, aún incierta y dudosa como era. Segun la posicion de los ejércitos, parecia imposible que un cuerpo enemigo hubiera penetrado tan adentro, ó que un cuerpo amigo se hubiera quedado tan detras. Todos describian á nuestros actores los peligros á que se exponian, y les aconsejaban que tomasen otro camino.

La mayoría estaban inquietos y agitados, y cuando, segun la nueva forma republicana, se convocó á todos los miembros del Estado para deliberar acerca de este caso extraordinario, la opinion casi unánime fué que debia evitarse el mal permaneciendo en la ciudad, ó esquivarle eligiendo otro itinerario.

Sólo Guillermo, que no se habia asustado, trató de vergonzoso un plan que se habia adoptado con tanta seriedad, siendo así que

no descansaba más que en un simple rumor. Inspiróles valor; sus argumentos eran varoniles y persuasivos.

GOETHE.

(Continuará.)

MISCELÁNEA

TEATROS.

El Teatro de Apolo, favorecido por una gran concurrencia deseosa de aplaudir á la eminente actriz Pepita Hijosa, ha demostrado tambien la actividad del Sr. Morales, presentando una obra nueva, aunque estaria justificado que todavia continuara exclusivamente *La niña boba*, que el público aplaude sin cesar. El Sr. Morales es así; no echa las cuentas de su conveniencia, sino las cuentas del público, y así éste le agradece todo lo que hace y le premia con su asistencia.

La nueva obra se titula *Tentar al diablo*, y es original del Sr. Estremera, que fué muy aplaudido y llamado varias veces á la escena. Escrita con elegancia y sencillez, y bien preparadas las escenas verdaderamente cómicas y distinguidas, en que abunda, interesa desde luego al espectador y crece el interés á medida que se desarrolla la acción. La interpretación fué magistral. La señorita Abril, que es una actriz que adelanta á pasos agigantados, tiene en esta comedia detalles de maestra. Oltra, con su naturalidad acostumbrada, dió un gran realce á su papel. Ricardo Morales, animado, inquieto, bullicioso, como requiere el tipo que representa, pero fino y elegante siempre, demuestra en esta obra una vez más que es un gran artista, y que estudia siempre con verdadero afán.

En suma, *Tentar al diablo* es una comedia en dos actos, del género distinguido, que dará honra y provecho, lo mismo al autor que á la empresa.

—En el mismo teatro se prepara *El tanto por ciento*, para la presentación de la distinguida actriz doña Felipa Diaz.

—El Teatro Español ha puesto en escena el magnífico drama de Calderon, *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, cuyos protagonistas (porque son dos) han interpretado muy bien los Sres. Vico y Calvo, mereciendo tambien aplausos las Sras. Marin y Calderon y el Sr. Jimenez.

—Prepáranse en este teatro las obras nuevas, *El ejemplo*, por el Sr. Calvo, y *El alma al cuerpo*, por el Sr. Vico.

—En el Teatro de la Comedia se ha estrenado una en tres actos, del Sr. D. Miguel Echegaray, que si bien ofrece cierta languidez,

no carece de las buenas cualidades escénicas de su autor. Se titula *Ni la paciencia de Job*, y el público la recibió con el cariño con que acoge siempre las obras de los autores más habituales en este teatro. La interpretación fué bastante buena, especialmente por parte del Sr. Mario.

—La inauguración del Teatro Real se ha aplazado dos veces, fijándose el miércoles 15, y quiera Dios que no se demore más, porque la temporada está muy adelantada y el público tiene verdadera impaciencia, así por juzgar á la compañía, de que tantos elogios anticipados se han hecho, como de conocer las obras y reformas hechas en el local. Por de pronto, se sabe, con referencia á un ensayo, que el héroe de la función inaugural será probablemente la señora Scalchi, que parece es la mejor contralto que existe, y que, segun se dice, hace el paje de *Los hugonotes* de un modo admirable. Así sea.

—El Teatro de la Zarzuela tambien tuvo que demorar su inauguración por indisposiciones de artistas, pero por fin abrió sus puertas el miércoles último con un fracaso y un éxito extraordinario. El primero se refiere á la zarzuela en dos actos *Tigre de mar*, que á la tercera noche desapareció de la escena. El éxito corresponde, y con mucha justicia por cierto, al cuadro lírico-dramático en un acto *¡Tierra!*, letra del Sr. Campo-Arana, y música del maestro D. Antonio Llanos. El público no se cansaba de saborear el verdadero interés del libro y las bellezas de la música, aplaudiendo con entusiasmo á ambos autores. De los intérpretes se distinguió el barítono Sr. Palou.

—El Teatro de Eslava tiene este año una compañía de verso, á cuyo frente están los actores cómicos Sres. Castilla y Zamacois, los cuales han empezado ya sus funciones. Parece que se preparan en este teatro grandes novedades en obras cómicas.

—El Teatro de Variedades sigue tan incómodo como siempre, y su empresa y compañía durmiéndose sobre sus laureles, sin preparar nada nuevo, sin estudiar, sin hacer nada por complacer al público.

—El Teatro del Recreo ha empezado sus funciones con una compañía de zarzuela muy mala.

—En el Teatro y Circo del Príncipe Alfonso está dando funciones una compañía de gimnastas de todas clases, clowns y excéntricos, algunos de los cuales son ya conocidos del público, pero cuyos ejercicios difíciles y arriesgados llaman ahora más la atención por la natural combinación y agrupación de tantos trabajos, constituyendo funciones muy agradables y divertidas.